LOS HOMBRES de la historia

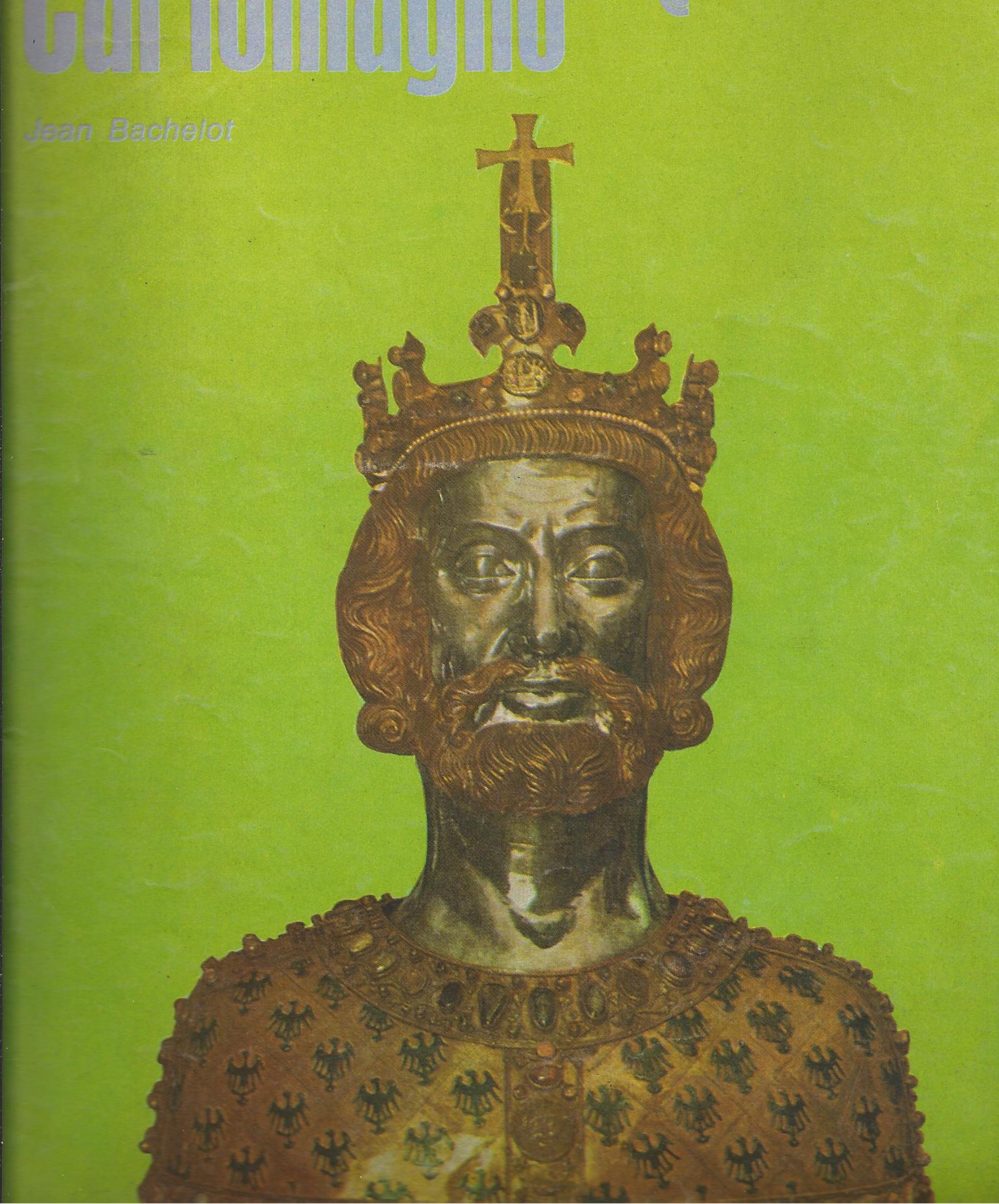
7

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Carlomagno

Centro Editor de
América Latina

Jean Bachelot



LOS HOMBRES de la historia

Carlomagno es el nombre que la historia dio a Carlos, el más grande de los reyes francos, que reinó entre los años 768 y 814. Nacido probablemente en el 742, este monarca de la dinastía carolingia, que reunió bajo su autoridad la mayor parte de los pueblos de occidente, ha sido visto por los siglos sucesivos como gran unificador, soberano precursor en materia de legislación y organización del Estado, maestro de civismo y de cultura, reformador de la economía y de las finanzas, conductor, héroe de epopeya, "el héroe cristiano por excelencia", símbolo de la potencia civil y militar puesta al servicio de la religión y recompensada, ya en este mundo, con la protección manifiesta y el constante éxito de las empresas más arriesgadas. Más aún, la leyenda hizo de él un santo y tejió la idea de un príncipe bajo el cual, un orden maravilloso reinó en el mundo.

Si bien la realidad no siempre se ajusta del todo a esta imagen casi mítica, no por ello la figura de Carlomagno, surgida de la cuidadosa investigación histórica, resulta disminuída; por el contrario, podría decirse que se vuelve más humano y más digno de nuestro interés.
Coronado emperador por el Papa León III, en la navidad del año 800, se sintió por lo tanto "rey de los francos por la gracia de Dios" e hizo la guerra - 43 campañas en 47 años de reinado - para proteger la cristiandad aunque sin descuidar al mismo tiempo la ampliación de sus dominios. Carlomagno, a cuyos ojos la fidelidad al Estado franco se confundía con la fidelidad a Dios, puso tal vez en esta causa, conforme a su concepción del poder, una energía y un vigor excesivos. Pero si bien fue rígido hasta la crueldad y estuvo siempre pronto a sacrificarlo todo a la razón de estado, fue también legislador y hombre de gobierno.

De allí que su ubicación en el tiempo esté tan claramente delineada, que no es exagerado decir que con él, la Edad Media se divide en dos períodos: desde la caída del imperio romano y su absorción por el imperio bizantino a la proclamación del imperio de Carlomagno, y de esta proclamación, al renacimiento del siglo XVI.
Su ascendiente será tan grande que en cada uno de los estados nacionales que comenzarán a formarse a costa de la unión soñada y deseada por él, subsistirán en el derecho, en las instituciones, en la organización eclesiástica y en la cultura, elementos comunes suficientes para que una civilización europea pueda mantenerse y manifestarse durante y después de la Edad Media.
He aquí pues, los elementos con que valorar las razones de la supervivencia del fundador de la Europa actual en la memoria de los hombres.
Murió en el año 814.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali Spa - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti

7. Carlomagno - Cristianismo y Medioevo
Este es el primer fascículo del tomo Cristianismo y Medioevo.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Cristianismo y Medioevo, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 7:
Archives Photographiques, París: p. 8 (1); p. 24 (2).
Bibliothèque Nationale, París: p. 3 (1); p. 11 (1); p. 16 (2); p. 19 (1); p. 20 (1); p. 27 (1,2).
Bildarchiv Foto Marburg: p. 4 (1,2); p. 13 (1,2); p. 24 (1).
P. Malvisi: p. 14-15 (1,2,3,4); p. 23 (1).
Orlandini, Módena: p. 6 (1).
Societa Scala, Florencia: p. 6 (2).

Traducción de María Emma Espoille

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en julio de 1968.

Carlomagno

Jean Bachelot

732
Derrota de los árabes en Poitiers.

741
Muerte de Carlos Martel que deja dos hijos: Carlomán y Pepino.

742
Nace Carlomagno, hijo de Pepino. El monje inglés Bonifacio es invitado por Carlomán a reformar el clero franco.

747
Abdicación de Carlomán. Pepino el Breve queda como único mayordomo de palacio.

751
Pepino se hace elegir rey por la asamblea de Soissons. Childerico es depuesto.

752
Los lombardos atacan el Ducado de Roma. El nuevo Papa Esteban II debe abandonar Italia, mientras Pepino combate a los sajones.

754
El Papa, que se refugia en Italia, se encuentra con Pepino en Ponthion. Si damos fe al documento llamado la "falsa donación de Constantino", obtiene del rey franco la promesa de ayuda y protección: en premio le otorga el título de "Patricio de los Romanos" y consagra nuevamente a Pepino y a su dos hijos, Carlos y Carlomán. En la asamblea de Quierzy, obtiene la promesa solemne, por parte de Pepino, de que combatirá a los lombardos y restituirá los territorios conquistados.

755-756
Las dos expediciones de Pepino en Italia y los dos tratados de Pavía arreglan provisoriamente las dificultades italianas.

768
Después de nueve expediciones contra los sajones, de la conquista de Septimania y Aquitania, del envío de una embajada a Bagdad y de haber acogido una embajada árabe en Galia, Pepino muere y el reino se divide entre Carlos y Carlomán. Luego de sublevaciones producidas en Aquitania, surgen desacuerdos entre los dos hermanos.

770
Matrimonio de Carlos con la princesa lombarda Ermengarda.

771
Muerte de Carlomán; Carlos, quitándole el derecho a los hijos de aquél, queda como único rey.

772
El rey lombardo Desiderio invade el estado pontificio: ruptura con Carlos que había repudiado a la hija.

772-778
En seguida, Carlos debe hacer frente a la lucha en Sajonia, en Italia (donde luego del asedio de Pavía, obtiene la capitulación de Desiderio y se proclama rey de los lombardos), en España donde luego del fracaso de Zaragoza, sufre durante el regreso, la derrota de su retaguardia, en Roncesvalles.

777
En la asamblea de Paderborn, Carlos se ocupa de la organización y evangelización de Sajonia.

778
Nacimiento de Ludovico Pío. Carlos ha desposado a Ildegarda, una princesa de Suavia. En esta época efectúa una reforma monetaria para estabilizar e imponer la moneda metálica.

779-780
Nueva expedición punitiva en Sajonia. Carlos instituye las Asambleas Generales o plácitos.
Ludovico es nombrado rey de Aquitania; con esta apariencia de autonomía trata de atraer a esa región y asegurarse su fidelidad.

780-781
En Italia Carlos arbitra el conflicto entre Roma y Bizancio. Irene, transformada en regente y luego en Emperatriz o basilisa de Bizancio y Carlos, intercambian promesas y hacen proyectos matrimoniales entre sus hijos.

782-785
Sublevación de los sajones, después de la anexión; por ese motivo, se produce la conquista de Sajonia, verdadero acto de devastación; el jefe Vitiquindo se somete y es bautizado. Aquisgrán * se transforma en la capital del reino franco. Carlomagno trae a su lado a Alcuino —de Inglaterra—, a quien nombra su maestro y consejero. A Alcuino se agrega bien pronto Pablo Diacono, llegado de Italia: el encuentro de estos dos sabios permite la elaboración de un plan destinado a impulsar los estudios y a preparar una generación de gente instruída.

784-787
Carlomagno exige un juramento de fidelidad a los habitantes del Estado pontificio. En Baviera, entra en conflicto con el rey Tasilón, llegando sin embargo a un arreglo provisorio. En Sajonia crea obispados.

787-791
Nuevamente en Italia, Carlos cede al Papa el sur de la Toscana lombarda, dirige acciones militares en Benevento y en Istria; esto produce la ruptura con Irene.
Una vez más entra en conflicto con Tasilón, aliado de los ávaros y de los griegos, se anexa Baviera y ataca a los ávaros que amenazan esta región y no solamente el Friul. Tasilón cae prisionero de Carlomagno que se dedica a la reorganización civil y eclesiástica de Baviera.

792-799
Los sajones se sublevan nuevamente en el norte, dando lugar a una serie de batallas, saqueos, incendios, masacres, progresivamente acompañados de la organización política y religiosa de la misma Sajonia, ahora "ganada" al cristianismo.
Los árabes de España invaden la Septimania hasta Narbona, luego de la reconquista de Gerona por el emir de Córdoba. Guillermo de Tolosa retoma la iniciativa, libera la Septimania y fortifica los Pirineos; los francos penetran de nuevo en España y avanzan hasta Huesca. La "marca ** de España" se organiza, sus ciudades son repo-

* Llamada Aix-la-Chapelle.
** Organización política de un territorio fronterizo, en función de su defensa militar.

bladas, su campaña, colonizada. Carlos reinicia sus relaciones con Irene que se encuentra en dificultades con los búlgaros y los árabes y le envía una embajada que lleva un proyecto de matrimonio entre ambos.
En Roma, León III se encuentra expuesto a una conspiración de la aristocracia, celosa de la administración eclesiástica.

800
El Papa debe refugiarse en Spoleto; luego abandona sus estados y se dirige a Paderborn para reunirse con Carlomagno delante del cual expone su causa. Carlos lo hace acompañar a Roma; más tarde, ante los reiterados ruegos de Alcuino, se decide a bajar a Italia; convoca en Roma una Asamblea que perdona al Papa y que concluye el 23 de diciembre, con el juramento de este último.
El 25 de diciembre, durante la Misa de Navidad, en la basílica Vaticana, León III corona emperador a Carlomagno, con la aclamación del pueblo.

801
Ludovico Pío retoma Barcelona y lleva a término la organización de la marca de España.
Carlomagno recibe al embajador de Harun al Rashid.

802
Fin de la campaña contra los ávaros. Carlomagno envía a Constantinopla una embajada, pero Irene es depuesta y se produce la ruptura con su sucesor Nicéforo.

803
Paz de Salzburgo entre Carlomagno y los sajones, seguida de la deportación de los sajones hacia la región occidental del reino franco.

804
Muerte de Alcuino.
Una expedición marítima franca se efectúa en las costas de Dalmacia: guerra con Bizancio.

805
Los notables venecianos se reconocen vasallos de Carlomagno. Éste emprende la conquista de Bohemia.

806
Carlomagno, preocupado por el futuro de su imperio, redacta un acta de sucesión para el caso de fallecer, la "divisio regnorum", el reparto del imperio, designando la parte correspondiente a cada uno de sus tres hijos: Carlos, Pepino, Ludovico; asociándolos desde ese momento a su autoridad, les hace prometer, bajo juramento, prestarse mutuo apoyo durante toda la vida, contra enemigos internos y externos.

807
Un embajador de Harun al Rashid reconoce a los francos derechos especiales sobre los Santos Lugares.

809
Después de un año de armisticio, la guerra franco-bizantina comienza nuevamente. Conquista de Venecia por Pepino.

809-812
Se realiza la conquista de la marca de España a pesar de que ni Huesca, ni Zaragoza han podido ser ocupadas y que los vascos continúan agitándose en forma inquietante. Sublevación en Aquitania que Ludovico dominará al año siguiente, al mismo tiempo que ocupa Navarra.

810
Muerte de Pepino, hijo de Carlomagno.

811
Muerte de Carlos, otro hijo suyo.

813
Los embajadores bizantinos llegan a saludar a Carlomagno con el título de emperador. Éste convoca una Asamblea General en Aquisgrán, después de lo cual trasmite solemnemente el título imperial a su hijo Ludovico y hace reconocer a Bernardo, hijo del desaparecido Pepino, rey de Italia.

814
Muerte de Carlomagno. Ludovico, llamado el Bueno, asume la conducción del Imperio, abandonando Aquitania para establecerse en Aquisgrán.

815
Comienza la lucha contra los sarracenos en España.

816
Ludovico es coronado en Reims por Esteban IV, promulga la constitución "Ordinatio Imperii" (Ordenación del Imperio), que crea, en la perspectiva de su sucesión, un imperio unitario con reinos autónomos, o sea una especie de compromiso entre la idea unitaria y la tradición franca de repartición de Estado.
Rebelión de Bernardo, rey de Italia, que sin embargo muere al año siguiente, después de haberse sometido.

1. Una representación imaginaria de Carlomagno, del siglo XVI. París, Biblioteca Nacional. Col. Col. Clairambault 1312


7/34
243
Charles Maigne

1



2

Carlos, el grande

Los diccionarios y las enciclopedias dicen, ante todo, que Carlomagno —en latín Carolus Magnus— es el nombre dado por la historia a Carlos, el más grande de los reyes francos, que reinó de 768 a 814. En efecto, veinticinco años después de su muerte, el historiador Nitardo lo designa con ese nombre y, desde entonces, así fue llamado por la posteridad. Carlos dejaba el recuerdo de un gran emperador que había reunido bajo su autoridad, la mayor parte de los pueblos de occidente. Sus sucesores, faltos de su gran personalidad, dejarán perder bien pronto esa herencia, en el curso del siglo IX.

En forma totalmente espontánea y sin embargo, en un enlace único, los siglos sucesivos verán cómo las narraciones legendarias y los estudios históricos rivalizan decididamente en el intento de celebrar la gloria de Carlomagno, el unificador de pueblos y soberano precursor en materia de legislación y organización del Estado, maestro de civismo y de cultura, reformador de la economía y de las finanzas, conductor, héroe de epopeya. O sea, "el héroe cristiano por excelencia", símbolo de la potencia civil y militar puesta al servicio de la religión y recompensada, ya en este mundo, con la protección manifiesta y el constante éxito de las empresas más arriesgadas.

La leyenda durante la vida de Carlomagno

A pesar de todo lo que se llegará a saber de nuestro personaje, la leyenda nació muy pronto; recogida y agrandada para ser difundida en la cristiandad, infundió a los hombres de iglesia la idea de la santidad de Carlomagno. Se hizo de este príncipe, un santo.

Hacia el fin del siglo IX, Rabano Mauro lo cita en su martirologio. En Germania se lo venera como el apóstol de los sajones. En Aquisgrán —donde había sido sepultado— sus reliquias son ya, en el transcurso del siglo XI, objeto de culto y los peregrinos se llegan a orar delante de su imagen profusamente iluminada. Incluso mientras vivió, los que lo rodeaban contribuyeron a la creación de esta leyenda. Los cronistas narran sus victorias y le agregan datos fantásticos. Los mismos "Anales Reales", en el relato de las guerras de Sajonia del 777, por ejemplo, al evocar la espantosa sequía que afligía a la región, agregan: "pero para que el ejército no fuese atormentado por la sed, sucedió, sin duda por la voluntad de Dios, que un día, siendo las doce horas, una inmensa cantidad de agua surgió del lecho de un torrente, al lado de una montaña que limitaba con el campo y así se pudo satisfacer las necesidades de todo el ejército".

En todas partes sus campañas son conducidas con "rapidez prodigiosa"; mientras el enemigo "se consume en esfuerzos vanos para realizar sus planes, Dios le infunde un terror pánico y así, de repente y temblando de miedo, emprende vergonzosamente la fuga". O se trata de la aparición en el cielo de dos jóvenes vestidos de blanco o, de dos escudos de un rojo resplandeciente, que al surgir en el cielo, ponen en fuga al enemigo despavorido.

Qué decir de los hombres de letras, como aquel desconocido poeta que algunos meses antes de la Navidad del 799 —el año en que el Papa colocó sobre la cabeza del monarca la corona imperial— escribía: "Carlos, sabio, modesto, señor del mundo, bienamado del pueblo, cumbre de Europa, héroe, augusto pío, está trazando los muros de Roma." Palabras de un poeta quizás, como aquellas del lírico Alcuino que lo parangonan al león, "rey de los animales", y que auguran, más adelante, la extensión de su dominio "a las plantas que nacen sobre la tierra y a los granos de arena que costean el litoral de los océanos". Y que muestra cómo los astros, la tierra y el mar, los pájaros y las bestias lo aclaman unánimes, para parangonar, por último, "este príncipe del que no se conoce igual desde el comienzo del mundo" con Juan Bautista, el Precusor "que bautizó para redimir a todos del pecado".

Incluso el mismo Carlomagno no se cree obligado a ser modesto y en la Academia de la corte, elige el seudónimo de David. La admiración hacia él luego de su muerte aumenta de siglo en siglo; la concepción dominante acerca de su persona, llega a formar, tanto en los historiadores como en la leyenda que ofrece numerosos relatos, la idea de un príncipe bajo el cual un orden maravilloso ha reinado en el mundo.

El "Libro del monje de San Gallo" entre 883 y 887, el "Tratado sobre la organización del Palacio" escrito por Hincmar en 882, "La vida de Carlos" de Eginardo, compuesta hacia el 824 sobre el modelo de la "Vida de los doce Césares" de Suetonio, para no citar sino los más conocidos, no pueden ser acusados —por su fecha de aparición— de adulación. Más aún, la apología que anima cada página deriva seguramente del recuerdo, de la nostalgia de una época de gloria y de acción fecunda y de la preocupación de instruir y educar a los débiles príncipes, que fueron sus sucesores. El monje de San Gallo es quien enriquece nuestras nociones corrientes y escolares con casi todas las anécdotas célebres de Carlomagno: el emperador y los escolares, la lucha de Pepino el Breve y el león, las lágrimas de Carlomagno ante los primeros barcos normandos, la conversación entre Ogiero y Desiderio sobre los muros de Pavía y la aparición del emperador de hierro.

En el siglo X, la iglesia es la institución que recoge el mayor beneficio de esta leyenda. El país, devastado por las guerras civiles y las invasiones extranjeras, reconquista poco a poco, bajo el prudente gobierno de los reyes Capetos la calma y una cierta seguridad.

Las iglesias y las abadías se recobran y ad-

1. *Busto de Carlomagno (hacia el año 1349). Aquisgrán, Tesoro de la Catedral* (Bildarchiv Foto Marburg)

2. Sarcófago de Proserpina, *considerado, según la tradición, como el sarcófago de Carlomagno, Aquisgrán, Catedral, capilla de S. Michele* (Bildarchiv Foto Marburg)

En la página siguiente:

1. *Miniatura que representa a Carlomagno y Pepino. Modena, Archivo capitular de la Catedral, cod. Ord. 1.2.* (Orlandini, Modena)

2. *La corona de hierro, Monza, Tesoro de la Catedral* (Scala)

1



2

quieren gran esplendor. Los caminos se cubren de un tránsito siempre creciente de mercaderes y peregrinos, que se dirigen hacia los pasos de los Alpes o de los Pirineos o hacia los puertos italianos para embarcarse hacia Tierra Santa; unos para ejercer su comercio, otros para entregarse a la oración en los famosos santuarios de Roma, de Jerusalén, de Santiago de Compostela. Iglesias y abadías son etapas habituales, donde los viajeros encuentran alojamiento para reposar y asilo para ser curados en caso de enfermedad. Es entonces cuando clérigos y monjes demuestran mayor interés en atraer y retener lo más posible a esa clientela. Y ya que los lugares santos, las ferias y los mercados coinciden en el mismo lugar, no es cuestión de descuidar la oferta de importantes reliquias —contenidas en preciosas urnas— que serán veneradas por los fieles. ¡Qué provecho presentaba bajo este aspecto la vida legendaria de Carlomagno! Su nombre continuaba presente en la fantasía de los clérigos, convencidos de los méritos del emperador. Abundaba en las bibliotecas de las iglesias y abadías, toda una literatura cuyo contenido estaba constituido sobre todo por las empresas de Carlos, por las leyendas de Guillermo de Orange o de Rolando; Carlomagno con sus expediciones a España e Italia se transforma en el patrono —y osemos decirlo—, en el agente publicitario del peregrinaje a Roma, a Santiago de Compostela, aún a Jerusalén, ¿acaso no se ha dedicado constantemente a perseguir a los infieles en el mundo entero hasta llegar a Constantinopla? . . .

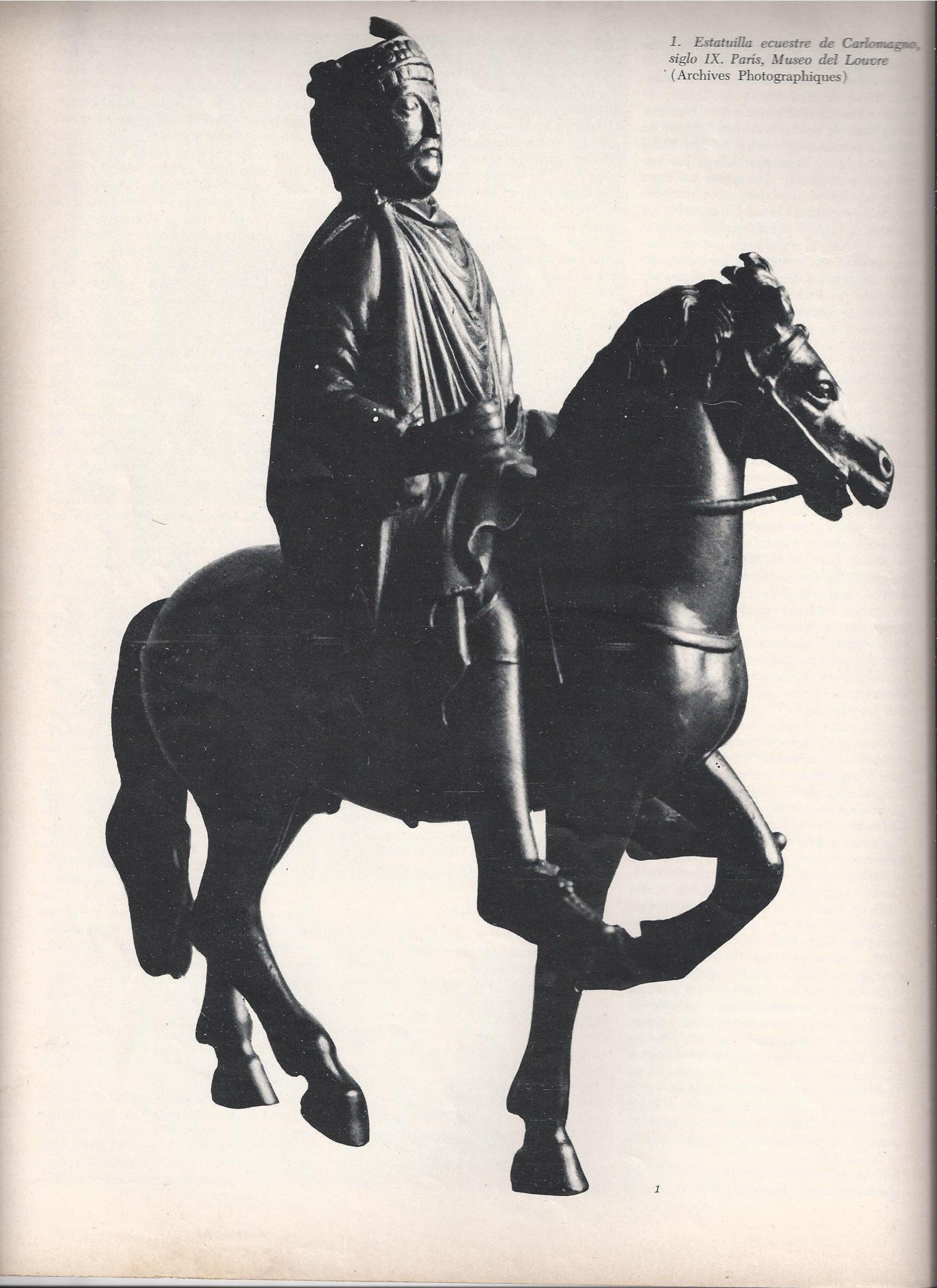
Además, monjes y clérigos no han perdido el recuerdo de los beneficios acordados a unos y otros por Carlomagno cuando éste aún vivía: conviene sacar partido de su gloria creciente y hacer de él un escudo, un estandarte contra los cambios políticos y las posibles expoliaciones. El nombre de Carlomagno se transforma cada vez más en el símbolo del poder civil y militar puesto al servicio de la religión y recompensada ya en este mundo con una protección manifiesta y con el constante éxito de las empresas más osadas. Se saca provecho de las ventajas que pueden derivarse de la atención, de la protección que el gran emperador habría prestado a tal fundación monástica, canónica, o incluso civil. De este modo una literatura con intenciones claramente prácticas preside, acompaña y a menudo inspira la literatura poética; se intenta inculcar la convicción de que el fundador del Imperio de Occidente ha deseado la construcción de tal ciudad, de tal iglesia, de tal abadía y los privilegios exorbitantes y las exenciones se multiplican en todas partes.

El número de estas ingenuas creencias y piadosas supercherías es enorme. Sería difícil agotar la lista completa de las localidades que reivindican a Carlomagno. Son, por un lado, las reliquias personales —Carlomagno no tiene ya nada que envidiar a los santos más célebres—, los tesoros de la

Catedral de Aquisgrán con el "olifante de Carlomagno" la cimitarra persa ofrecida al Emperador por Harun al Rashid, el tesoro de Corbie, de San Sernin de Tolosa, de Santa Cruz de Poitiers, de San Medarno de Sajonia, de la abadía de San Dionisio en Francia con su propio cetro, de San Pedro en Roma, para mencionar sólo a las más célebres y conocidas. Sin contar las copas de metal diverso, los vasos y los poseedores de la corona, el cetro, las espuelas, los guantes, la capa, la dalmática, las espadas... En el siglo XII, el platero que adornó y cinceló la caja que contendría los huesos del santo emperador luego de la exhumación ordenada por Federico Barbarroja (1166), no dudó en agregar escenas de carácter legendario y en particular, la historia de la expedición de Carlomagno a Tierra Santa. A pesar de todas las razones que podrían haber hecho dudosa esta leyenda, fue admitida sin discusiones por todos aquellos que la escucharon; de ella quedó el relato escrito por el monje Jocundo, que no dejaba de afirmar devotamente: "El pío Carlos no temía morir por la patria, por la Iglesia; recorrió así el mundo entero; a aquellos que veía rebelarse contra Dios los combatía y a aquellos que no pudo someter a Cristo con la palabra, los sometió con el hierro."
Esto contribuyó mucho a difundir en la Iglesia la idea de la Santidad de Carlomagno. Muy pronto, la crónica del seudo Turpino confiere al emperador el carácter de apóstol guerrero —ya Jocundo lo había puesto de manifiesto un siglo antes— que fue fácilmente aceptado por los laicos, habituados por las canciones de gesta a admirar la piedad de Carlomagno y a creer en los milagros divinos hechos por su intermedio. De este modo se gestó y se aceptó su imagen como plena de santidad. Y muchos debieron considerar realmente, que esa santidad tenía la misma intensidad que se atribuía a los santos.
Ningún escándalo, ninguna sorpresa trajo pues la ceremonia de Aquisgrán del 28 de diciembre de 1164. Un contemporáneo, Agolardo, arzobispo de Lyon, no vacila ennumerarlo en su epitafio entre los santos, ni Rabano Mauro citarlo en su martirologio. Cuando por orden de Otón III, en el año 1000 se buscó y se descubrió su tumba, fueron señalados en el lugar, numerosos milagros. Con Federico Barbarroja —en 1166— nueva apertura de su tumba en Aquisgrán, traslado de las reliquias y de todos los elementos de veneración pública; es cierto que estamos frente al acto de un antipapa, ya que todavía un cierto número de iglesias en Germania —como en Francia y en España— adopta este culto y llega a celebrar una misa y un oficio en honor de Carlomagno. Su nombre es citado en varios martirologios. Delante de Carlos VII de Francia, en Chinon, Juana de Arco mencionará a San Carlomagno colocándolo junto a San Luis.
Incluso la Sorbona, con intervalos, lo declara su patrono. Benedicto XIV, en el año 1767, decía que se podía continuar dando a Carlomagno el título de beato; Papas, concilios, iglesias, proponen lo mismo con argumentos favorables. A pesar de la opinión de ciertos historiadores de la Sorbona —y de Mabillón— los bolandistas encontraron en la vida del emperador algunas manchas —sobre todo en lo que concernía a su conducta respecto a los sajones y sus costumbres— que dificultaron su consideración como santo. Pero merced a una buena literatura, la buena fe del pueblo —sobre todo a partir del siglo XII—, no se verá turbada; por otra parte, en los conocidos poemas épicos en lengua vulgar, en las canciones de gesta del "ciclo de Carlomagno" —entre ellas la más célebre es la de Rolando, pero existen alrededor de treinta—, el Carlomagno del que se habla como de un santo es, según el carácter irreverente del francés, un emperador de carácter jovial que tiene un fondo de verdad histórica. Entre los alemanes, por el contrario, la leyenda conservará el carácter de una devota conexión: Otón III y Federico Barbarroja, se presentan como sus continuadores.
Sin desear proseguir con detalles menores la historia de la leyenda de Carlomagno hasta nuestros días, recordaremos con simples menciones "Los reales de Francia", "El Orlando enamorado" de Boyardo, "El Orlando furioso" de Ariosto, para Italia; el modelo que Napoleón pretendía ver en Carlomagno, para Francia; las obras de erudición como la "Monumenta Germaniae" del siglo XIX, para Alemania, que acaparaba para sí la epopeya carolingia, como algo exclusivamente autóctono. Sin querer exagerar la perduración del influjo ejercido por Carlomagno sobre el espíritu de los soberanos o de los jefes de los Estados modernos, es necesario reconocer que en los países sometidos a su autoridad: Francia, Alemania, Italia, Bélgica, su memoria subsiste, en los cuentos populares, en la tradición o en las obras de arte. El haber logrado —en vida— entrar en la leyenda y, más tarde, servir de modelo hasta los tiempos modernos, a emperadores, jefes de Estado, filósofos, es elemento suficiente, para valorar desde ya la verdadera dimensión de tal personaje.

El hombre, el príncipe

Los contemporáneos de Carlomagno, al crear la leyenda, tuvieron plena conciencia de los méritos excepcionales del hombre extraordinario que había dirigido sus destinos. Si su gloria la debe a la leyenda, la verdad histórica también ha hecho su parte. Después de todo lo que se ha dicho, tenemos el derecho de preguntarnos cómo hallaremos, a través de esa leyenda o fuera de ella, el medio de conocer al personaje auténtico y su verdadera actividad y jerarquía. Hemos encontrado documentos en número y calidad tales como para permitir a nuestra crítica —aguda y prudente— penetrar en el verdadero Carlos, en su Corte, en sus acciones y en la influencia que ejerció. Nuestras fuentes proceden ante todo de la "Vita Caroli" (Vida de Carlos) de Eginardo, educado en la corte de Carlomagno e importante personaje bajo el reinado de Ludovico el Pío o el Bueno; por lo tanto, en inmejorables condiciones para disponer de una notable información sobre la vida del emperador. Y también de los "Anales Reales", texto historiográfico oficial debido a los clérigos de la Capilla Palatina, conciso, suficientemente exacto, pero que calla la verdad cuando ésta es desagradable.
Carlos nació seguramente en el año 742, antes del matrimonio de Pepino y de la reina Bertrada, la Berta de los grandes pies de las canciones de gesta, perteneciente también a la familia merovingia. Eginardo nos dice: "de su nacimiento, de sus primeros años, y aun de su infancia, sería absurdo que yo quisiera hablar porque ningún autor lo trata y no se encuentra hoy a nadie que se diga informado de este período de su vida". De talla imponente, ancho el rostro, la nuca redonda, el vientre prominente, los ojos vivaces y un temperamento jovial, alto el timbre de voz, aparecía locuaz, hábil en el hablar, deseoso de hacerse oír y a veces incansable, gustaba vivir en compañía. Optimista y emprendedor, estimulaba a quienes lo rodeaban en las empresas comunes.
Robusto y fuerte, mantenía su vigor gracias a la práctica continua de los ejercicios físicos. Le gustaba la natación, en la que sobresalía; se dedicaba a la equitación, pero su gran pasión era la caza: seguir la presa, en cuanto tenía tiempo disponible, en las Ardenas, los Vosgos, la Baviera o el Böhmerwald; con este fin los bosques reales eran inmensos y estaban sujetos a un régimen de control y vigilancia muy severos.
Su vivacidad es el signo evidente de su excelente salud, y testimonio de su desenvoltura, la rapidez y la multiplicidad de sus traslados: por agua, por rutas difíciles o simples sendas, va de Colonia —en el centro de Sajonia— a través del Mosela y del Rin, de Thionville a Nimega; corre de Worms a Salzburgo, de Maguncia y Aquisgrán a Ravena y a Roma, a través de los desfiladeros de los Alpes y hacia la Italia del sur. La primavera lo ve partir para la guerra y los viajes lejanos. Durante el invierno —de Navidad a Pascua y en sus palacios o en sus residencias campestres— trabaja, administra justicia, da audiencia, conversa con los amigos, asiste cada día a misa; finalmente muestra gran apetito, pero no se excede en el beber. En el vestir es simple, como fue costumbre entre los francos, salvo en los casos de audiencia y de fiestas, en que la conveniencia lo muestra en todo el esplendor de su poder y magnificencia.
Esta era, según la tradición franca, la vida de un jefe de clan; parientes y domésticos formaban su familia. Habiendo contraído matrimonio, sancionado por la Iglesia, pensaba —según la antigua ley germánica— que debía gobernar su casa como mejor le pare-



1. Estatuilla ecuestre de Carlomagno, siglo IX. París, Museo del Louvre (Archives Photographiques)

1

ciese: era algo privado sobre lo cual la Iglesia no podía pronunciarse. Al lado del matrimonio cristiano, existía el matrimonio germánico, mucho menos convencional y los hijos nacidos de él, tenían los mismos derechos que aquellos nacidos del matrimonio religioso.
De su primer enlace con Imiltrude, tuvo un hijo que llamó Pepino. Por motivos políticos y para reconciliarse con los lombardos, repudió a Imiltrude para desposar a la hija del rey Desiderio, repudiada a su vez cuando una nueva situación política así se lo exigió. Desposó entonces a Ildegarda, de una noble familia de Suabia, de la cual tuvo numerosos hijos; a la muerte de ésta contrajo otro enlace con Falstrada y, luego de su muerte, con Liutgarda. Durante estos matrimonios, se sucedían amantes y concubinas, cuyos hijos eran considerados de noble cuna. El emperador gustaba sentirse el patriarca de una gran familia. La administración y todos los problemas políticos eran mantenidos fuera de la vida familiar. Volcaba su afecto sobre los hijos y los nietos, vigilaba de cerca su educación y no quería separarse de ellos; "diciendo que no podía prescindir de su compañía", cerraba los ojos sobre sus amores clandestinos.
Es necesario hacer notar que durante su reinado Carlomagno no depuso casi nunca las armas. En cuarenta y siete años, se cuentan no menos de cuarenta y tres expediciones militares, conducidas por el emperador en persona o por sus lugartenientes; sin embargo, sería erróneo pensar que en él predomina el hombre de armas. Sabemos poco de su propia instrucción: evidentemente fue descuidada, pero él tuvo perfecta conciencia de lo que necesitaba para cubrir esas lagunas y se aplicó tesoneramente a ello. "Su lengua nacional (el franco es dialecto germánico) no le bastaba", nos dice Eginardo, "y se aplicó al estudio de las lenguas extranjeras y aprendió tan bien el latín que se expresaba indiferentemente en esta lengua o en su lengua materna. No era lo mismo con el griego, que comprendía mejor de lo que lo hablaba." Ávido de vida física e intelectual, declaraba "que se debe dar gracias a Dios con el corazón y con la boca, y realizar sin descanso obras buenas". Pensaba que era cristiano en todo el sentido de la palabra, pero a semejanza de su clero, en realidad lo era con las limitaciones de la piedad popular de los francos. Veneraba el culto de las reliquias —que coleccionaba en su tesoro— y desconfiaba del culto de los santos recientes e inciertos, mientras que le complacía la peregrinación hacia los sepulcros de los grandes. Sus expediciones a Roma fueron también peregrinación: se comprometió con Adriano I y León III a un pacto religioso —especie de adopción espiritual de parte del sucesor de Pedro— que era al mismo tiempo un modo de entrar en la "familia" del santo. Frecuentaba la iglesia varias veces al día y ponía atención en las ceremonias; respetaba el lugar. Hacía donaciones a las iglesias, socorría a los cristianos necesitados, incluso a los que se encontraban fuera de las fronteras de su imperio; enviaba dinero a Roma. Sin pretender llegar a las altas cimas de una experiencia espiritual, se preocupaba por preparar la salvación de su alma en la misma forma que organizaba su reino, y si la amenaza de una posible adversidad para el imperio podía leerse en las estrellas, más claramente que en otra parte, esperaba que se observara el misterio de las estrellas con la mayor atención. Junto con su interés por la astronomía, estudiaba con mucha aplicación las Escrituras, pidiendo a los eruditos la explicación de los textos de los Padres, pasajes de los Evangelios y de las Epístolas. Supo rodearse de hombres de ciencia dotados de dúctil inteligencia, de espíritu investigador y de una extraordinaria actividad, como Alcuino —del cual aprendió ese celo excepcional y esa perseverancia en instruírse que hacían que utilizara todo momento de reposo y de insomnio para el estudio y se dedicara durante las comidas a escuchar la lectura de libros, en particular *La Ciudad de Dios* y otras obras de San Agustín.
Personaje equilibrado, dueño de su persona, capaz de atraerse a parientes y amigos, de espíritu curioso y delicado, acogedor, poseído de su misión de príncipe, juez y responsable, dedicado, según su concepción del poder, a llevar adelante su plan de gobierno.
Heredero legítimo de los merovingios, es el jefe absoluto del reino de los francos y nadie tiene derecho "a oponerse a su voluntad y a sus órdenes". Pretende —siguiendo el ejemplo de los merovingios— que sus súbditos se unan a él con un juramento de fidelidad. Es el legislador y el juez supremo, decide sobre la paz y la guerra, manda el ejército, nombra y depone a los funcionarios.
Transformado en rey con el santo óleo conferido por Esteban II en la Abadía de San Dionisio, es el ungido del Señor.
Su soberanía está así consagrada, su poder viene de Dios y él es realmente "rey de los francos por la gracia de Dios". Uno de sus contemporáneos, Smaragdo, no duda en decir: "Cuando Dios esparció sobre su cabeza el óleo santo, lo hizo rey del pueblo de la tierra y el heredero de su hijo en el cielo."
No se trataba a los ojos de Carlomagno de una simple teoría; su piedad es profunda y declara al papa León III que su misión es fortalecer a la Iglesia con el conocimiento de la fe católica. En esa época, exaltar y defender la Iglesia no significa solamente glorificarla y protegerla contra los inspiradores de doctrinas impías, con medidas legislativas o administrativas: es más bien "defenderla con las armas contra las incursiones de los paganos y la devastación de los infieles" y esperar, con la ayuda de Dios, que "el pueblo cristiano lleve a todas partes la victoria sobre los enemigos de su santo nombre y el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en el mundo entero", como lo afirma expresamente Carlomagno en una carta a Alcuino. En otros términos, es hacer la guerra para proteger la cristiandad y extender, si es posible, el propio dominio. En efecto, las empresas militares cuyo carácter religioso parece indiscutible —como las dirigidas contra los sajones y los ávaros— fueron promovidas también para garantizar la seguridad del reino contra las naciones limítrofes establecidas en fronteras mal definidas.
Por otra parte, la literatura pontificia intervenía para incitarlos a la conquista. Pablo I, como Esteban II no titubearon en augurarles que "el ángel del poder guerrero prosternaría a todos los adversarios a sus pies", y que Dios les concedería "el triunfo sobre todas las naciones".
Carlomagno, para quien la fidelidad al Estado franco se confundía con la fidelidad a Dios, puso en esta causa —conforme a su concepción del poder— una energía y un vigor quizás excesivos. No fue su habitual dulzura, sino la fe religiosa reforzada con una lógica implacable, la que lo llevó a proceder sin piedad. De nada valieron, en esta situación, los consejos de moderación, no sólo del Papa, sino de sus mejores amigos, como Alcuino. De la guerra que quiere defender la religión a aquella que quiere imponerla, no hay más que un paso. Al igual que Paulino de Aquilea, Carlomagno ve en los vencidos a los hombres que, regenerados "con el agua del bautismo, entrarán en el seno de nuestra Madre Iglesia". Creyendo castigar, con las leyes divinas y humanas, las continuas infracciones a los mandatos de la fe, llega a cometer, bajo una apariencia legal, actos de fría crueldad. Sus guerras, fragmentos de una gigantesca epopeya, asumen bajo algunos aspectos carácter de cruzada. Carlos aparece rodeado de oficiales y soldados e incluso de obispos, sacerdotes y monjes. En la víspera de los ataques o de las invasiones se celebran misas, letanías, salmos, ayunos y plegarias, y se hacen traer —por ejemplo en el año 791 contra los ávaros— las santas reliquias para obtener "la salvación del ejército, la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y la victoria"; tal es su orden.
Por lo tanto, es lícito sonreírse cuando los contemporáneos lo llaman pío, dulce, clemente y pacífico, frente a esta guerra continua y terrible; pero su pueblo no se engaña: sabe que el fin de Carlomagno es establecer y mantener la paz, y alcanzar la unión entre sus súbditos.
En sus palabras, en sus escritos, Carlos repite continuamente que las viudas, los huérfanos, los pobres, todos los que están bajo la protección de Dios y su patronato, deben tener la paz, la justa paz.
Soberano absoluto, conocedor de sus derechos y de sus deberes, su carácter, su cultura, lo elevado de sus miras, le confieren una personalidad de excepción. Su ubicación en el tiempo está tan claramente delineada que no se exagera diciendo que con este príncipe la Edad Media se divide en

dos períodos: desde la caída del Imperio romano y su absorción por el Imperio bizantino a la proclamación del Imperio de Carlomagno, y de esta proclamación, hasta el Renacimiento del siglo xvi.
Antes y después de su paso por el mundo, el Occidente político, el concepto y el ejercicio del gobierno y de la administración, la economía, la Iglesia, el ejército y la guerra, la vida cultural: todo asume una nueva imagen.

Lombardía, el papado y destino de Italia

Evidentemente no hay generación espontánea en historia, como no hay personalidad aislada fuera de toda contingencia. Carlos ha encontrado en su cuna el glorioso legado de su abuelo Carlos Martel, el vencedor de Poitiers, y de su padre, Pepino el Breve, primer rey de su dinastía. Esto significa que existía ya un ejército —herencia de los merovingios—, que un jefe, Pepino, ya se había impuesto y que se había aprendido de nuevo a obedecer. Pepino se había hecho ungir, agregando a la autoridad de las armas, una consagración dos veces renovada; la segunda, al venir de las mismas manos del Papa, señalará el origen de la unión con el papado, pero, al mismo tiempo, las dificultades del siglo ix.
"Patricio de los Romanos", el rey de los francos —Carlos—, sucesor de Pepino, conquistador de Italia y de la Germania, emperador, volcará los beneficios obtenidos con las armas y la administración en el fondo común de una sociedad de la cual el Papa fue, al principio, un socio de menor rango, luego el igual y finalmente, el aspirante al mando supremo y único.
En sus últimos años, Pepino había llevado a cabo una política de paz con los lombardos de Italia, y de expansión y consolidación del reino con los aquitanos y sajones. Cuando muere deja dos hijos: al mayor, Carlos, le confía la parte de su herencia donde se encuentran las zonas más peligrosas, mientras que el más joven, Carlomán, recibe zonas pacificadas. Pero los dos hermanos no están de acuerdo. Desde el comienzo de esta diarquía, Carlos debe combatir solo para hacer entrar razón a un rebelde señor aquitano y pronto Carlomán muere, dejando dos niños y la viuda. En lugar de actuar como un legítimo tutor de sus sobrinos, Carlos entra en posesión de la herencia de su hermano, mientras se encuentra en dificultades con el rey de los lombardos, por haber repudiado a su esposa, hija de este último. Carlos heredó del padre una visión muy clara de la política italiana. En efecto, Pepino el Breve —alcanzada ya la unidad de la Galia y decidido a imponer su ascendiente sobre la Germania—, mantenía una amistad cordial con el reino lombardo que, a su vez, también buscaba la unión de Italia. Esta unidad estaba en vías de concretarse después que los bizantinos del exarcado de Ravena fueron arrojados a la extremidad sur de la península. Pepino, por otra parte, estaba comprometido con el Papa debido a la consagración que éste le había otorgado con el fin de consolidar el golpe de estado perpetrado contra la legítima dinastía merovingia; golpe de estado que, en última instancia, fue sólo una reorganización legal de una situación de hecho, de cualquier modo, contraria a la legislación franca.
De ahí que la Santa Sede no tardara en reclamar de su protección un gran servicio resuelta a impedir a los lombardos la toma de Roma y la realización —por parte del rey de Pavía— de la unidad italiana.
Roma era por derecho dominio de Bizancio, pero esta última había consentido que el papado estableciera de hecho su autoridad en la ciudad. La amenaza lombarda provoca el encuentro de Pepino y el Papa Esteban II, encuentro que será seguido de una renovación de la consagración del rey franco y sus dos hijos, Carlos y Carlomán. A cambio de esto, Esteban II, apoyándose en una supuesta donación de Constantino, pide a los francos que le reconozcan la posesión de Roma y del Exarcado, encargándoles que expulsen a los lombardos de esos territorios. Es la famosa "donación de Pepino", pero —más aún— es el destino impuesto a Italia; la unidad de su reino en la víspera de su constitución, no llegará a realizarse.
Carlomagno, influido por su madre, había contraído un matrimonio lombardo, pese a las protestas del Papa; no tardará en repudiar a su esposa, hija del rey Desiderio. Éste responde invadiendo los Estados de la Iglesia. De inmediato Carlos pasa los Alpes, obliga a Desiderio a capitular frente a Pavía y sin dilación coloca la corona de hierro lombarda sobre su cabeza. Será desde entonces una doble monarquía, que preserva la entidad nacional pero que, tanto en Italia como en Galia reservará todos los puestos de comando a los francos. ¿Ha ganado algo el Papa con la destrucción del reino lombardo? ¿No ha perdido más bien su independencia? Si Carlos muestra deferencias respecto del jefe de la Iglesia, él es y continuará siendo el que manda, sordo a las reivindicaciones territoriales del pontífice. Político dotado de autocontrol, Carlomagno no abusará de esta situación, pero es evidente que se siente ahora, en Letrán, como en su propia casa. Llegara un día en que el diálogo entre los dos poderes sufrirá un cambio, cuando a los carolingios sucedan los Césares sajones o suevos. Y tendrá lugar el terrible conflicto entre el poder espiritual y el temporal que desgarrará, en dramática confusión y durante generaciones, a Italia, al Occidente y a la conciencia cristiana. ¿Por qué Carlos, siendo rey lombardo no ha realizado la unidad de Italia? Su política está dominada por el sentido de la oportunidad y el temor de sobrepasar los límites; se detiene siempre que llega a ellos: no quiere entrar en conflicto con los bizantinos. Sus relaciones con la corte de Constantinopla no son excelentes y serán francamente pésimas luego de la coronación imperial de la Navidad del 800. Pero frente a ese ejército en decadencia, a esa corte impotente que contempla de lejos la pérdida de sus provincias, Carlomagno conserva algún respeto todavía por ese viejo Imperio de prestigio siempre inmenso, por la nueva Roma protegida por el nombre del gran Constantino que mantiene el espíritu de la concepción teodosiana del mundo y que es gobernado fraternalmente —de Italia al Bósforo— por los dos emperadores designados por Dios. Siempre realista, positivo, prudente, Carlos rechaza la aventura frente al peligro del deslumbramiento oriental; desea conservar horizontes familiares.
Italia pagará cara esta prudencia: el acto del año 774 que convierte en Estado pontificio el territorio de Roma a Ravena, separa a la península y transforma la unificación italiana en una interdicción moral. Además, al aceptar para Venecia y la región napolitana una jurisdicción extranjera y el permiso de permanecer en la órbita de Bizancio, Carlomagno lanza a ambas a un particular destino. De allí nace el regionalismo italiano —y por once siglos— la suerte de Italia está echada.

La conquista de Sajonia

Todo aquello que en Italia lo traba, lo favorecerá en Germania, donde las tribus están repartidas en tres grupos.
Las dos primeras constituyen una zona ya influída por el cristianismo y la hegemonía franca: Alemania y Turingia de un lado, Baviera del otro. La tercera es una zona pagana y bárbara: Sajonia. Guerra contra los sajones y los bávaros, contra los ávaros, y guerra también contra los árabes y los aquitanios y hasta en Bretaña. No podemos aquí examinar estos acontecimientos en detalle ni ordenarlos en metódicas partes. Pero durante cuarenta años, Carlomagno, casi todos los años, con la tibieza del tiempo, se pone al frente de sus tropas para conducirlas más allá del Rin, de los Alpes o de los Pirineos.
Durante más de treinta años se obstina en lanzar, casi todas las primaveras, nuevas tropas contra Sajonia, "reserva de barbarie", pagana y refractaria a toda penetración, de la cual se puede siempre temer un ataque contra la Francia Oriental: Carlos prefiere tomar la iniciativa del ataque y tentar la conquista. Duros serán los métodos utilizados. Después de Clotario en el siglo vi, las expediciones punitivas o preventivas lanzadas por los reyes merovingios y luego por Carlos Martel y Pepino el Breve, se alternaban con las incursiones con que respondían los sajones. Era necesario dar fin a esto y lograr —utilizando todos los medios— la conversión al cristianismo de esos paganos obstinados. De este modo quedaría integrado ese indómito pueblo a la Cristiandad y a los cuadros administrativos de la monarquía franca. Las primeras intervenciones de Carlomagno son de tipo

tradicional, simples demostraciones militares que no tienen otro objetivo que hacer respetar el poder franco y tomar, a su vez, represalias. Pero después que el rey franco ha partido a otra campaña en Italia —en el año 772 y en el 776— los sajones se arrojan sobre el oriente, al que saquean; Carlos —de regreso— gira y los ataca victoriosamente; finalmente una parte de los sajones se somete y recibe el bautismo. Pero pronto todo recomienza. En la campaña del 785 triunfa sobre las últimas resistencias; uno de los jefes más indómitos, Vitiquindo, capitula, presta juramento de fidelidad y recibe con mucha solemnidad el bautismo, junto con algunos otros jefes sajones.

Pero el rey franco no se contenta con esta conversión espectacular, y llevado por la experiencia impone una serie de medidas drásticas. Promulga una terrible capitular * para imponer en Sajonia la civilización franca y la religión cristiana, bajo pena de muerte. Citamos algunos artículos:

"si alguno entra con violencia en una iglesia y sustrae algún objeto a viva fuerza, o sea comete hurto, o produce incendio, que sea castigado con la muerte".

"si alguno no respeta el santo ayuno de cuaresma por desprecio hacia la religión cristiana, o come carne, que se castigado con la muerte".

"si alguno ha matado a su obispo o a un diácono, que sea igualmente castigado con la muerte".

"si alguno hace cremar el cuerpo de un difunto y reduce los huesos a cenizas según el rito pagano, que sea castigado con la muerte".

"si en el futuro alguien perteneciente a la nación sajona queda sin el bautismo, se esconde o lo rechaza, queriendo permanecer pagano, que sea castigado con la muerte".

"si alguno conspira con los paganos en contra de los cristianos y persiste en ser su enemigo, que sea castigado con la muerte".

"aquel que sea reconocido culpable de infidelidad hacia el rey, será castigado con la misma pena".

Obediencia pasiva al rey franco, interdicción a toda asamblea, a toda reunión, con excepción de aquellas que los condes francos convoquen; bautismo y práctica del culto cristiano, impuestos bajo pena de muerte: nunca se había visto, hasta entonces, un método tan brutal para obligar a un país —antes libre— a soportar la ley del vencedor.

Este regimen de terror se mantendrá algún tiempo hasta el estallido de una revuelta, con masacres, incendios, apostasías: la Sajonia entera se rebela. De nuevo es necesario imponerse con la fuerza de las armas, tomar rehenes. Después de cuatro años de guerra, la mayor parte de la Sajonia puede —una vez más— considerarse sometida. Esta vez Carlomagno renuncia a los castigos brutales y negocia con los jefes. Sajonia es entregada a la administración franca y unida a los otros territorios del mismo reino; multas y acuerdos sustituyen la amenaza constante de la pena de muerte; pero, serán necesarios aún seis años de lucha para someter a los sajones del norte, que han vuelto a los eternos cambios de fingidas sumisiones y levantamientos y matanzas, a pesar de los rehenes.

Carlomagno se resuelve entonces a medidas más radicales: arranca a la población rebelde del suelo natal y la trasplanta, en pequeños grupos, al interior del reino franco; la reemplaza por francos o por poblaciones de reconocida fidelidad, entre ellas un cierto número de monjes y clérigos que asegurarán, al mismo tiempo, la dominación franca y el triunfo de la religión cristiana. Estas medidas son sistemáticamente extendidas a la totalidad del país. Carlomagno vigila personalmente la ejecución de sus órdenes: tropas francas recorren las regiones indómitas, arrastran consigo a sus habitantes, entre ellos, viejos, mujeres, niños. Los conducen como rebaño hacia las tierras lejanas que les han asignado y donde los rebeldes se encontrarán diseminados entre la población franca. Los francos del sur del Elba y de la otra orilla del río y los eslavos, llegan de inmediato a tomar posesión de las tierras vacantes.

Los contemporáneos se deshacen en elogios por el clamoroso triunfo obtenido en estas regiones gracias a la tenacidad del rey franco. Eginardo exclama serenamente "que unidos a los francos, los sajones formaban ahora con ellos un solo pueblo". Es necesario reconocer que la conquista y la conversión al cristianismo de Sajonia, constituyen el suceso durable, fundamental, del reino de Carlomagno. Ha permitido la constitución, en el siglo x, de una nación: la Germania. Sin la Sajonia, la yuxtaposición de pueblos germánicos, francos del este, alemanes, bávaros, turingios, frisones, no hubiera llegado a constituir un solo cuerpo. Inútil es decir que Carlomagno no previó, ni se propuso semejante resultado.

La guerra en las fronteras

La conquista de Italia y de Sajonia es la gran empresa efectuada por Carlomagno en el exterior. Es necesario agregar algo respecto a las guerras que siguieron.

A lo largo de la curva de las antiguas y nuevas fronteras del Estado franco, Carlomagno, ya porque quisiera prevenirse frente a vecinos peligrosos —los árabes, los ávaros, los eslavos— o porque deseaba colocar bajo su autoridad a provincias fronterizas —Bretaña, Baviera—, emprende una serie de expediciones que contribuyen al acrecentamiento de su poder. De nuevo se verá en el curso de las expediciones dirigidas contra los pueblos paganos, a los monjes que escoltan a los soldados; o sea a la religión unida a la política, para asegurar a la conquista una base sólida y perdurable. Y se verá la voluntad del rey dirigida a alcanzar soluciones precisas, como al mismo tiempo su preocupación por lograr —luego de la derrota— la organización de los países enemigos. Esto se realizó con diversa suerte. En lo que respecta a Bretaña, los "Anales reales" registran con cautela los resultados: "Pareció que la provincia estuviese enteramente sometida; y lo hubiera estado si la inconstancia de aquel pueblo pérfido, no lo hubiese incitado, según su costumbre, a un brusco cambio." El único resultado positivo en este país fue la organización y, tal vez, el refuerzo de una "marca" puesta bajo la autoridad de uno de los condes que mejor conocía el reino, lo que pareció, por lo menos, excluir la posibilidad de nuevas sorpresas y constituir el primer paso hacia una penetración metódica del interior del territorio bretón.

Baviera, país de antiguo asentamiento, desde largo tiempo cristiana, celosa de su independencia y muy unida a su casa ducal merece de Carlomagno un trato excepcional. De ahí su gran mesura, las prudentes negociaciones, la paciencia —contraria a su actitud habitual— que pone en su enfrentamiento con el duque Tasilón y que lo hace aparecer algo ingenuo al fingir creer en los juramentos de este duque que reincide en el perjurio. "Retirado" el duque en un convento, Carlos se preocupó por no herir el amor propio de los bávaros; y aún después de la incorporación al Estado franco, Baviera fue mantenida en su autonomía y el rey franco aparece como el continuador del abolido poder ducal.

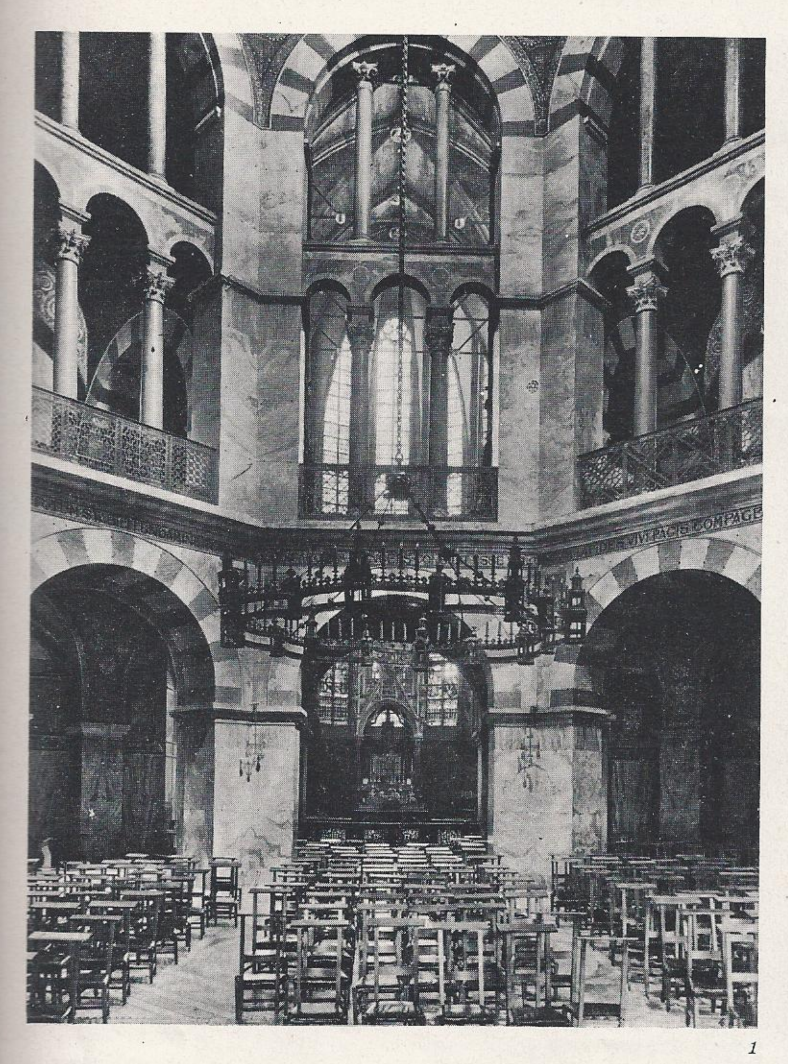
La conquista de Frisia, incierta y frágil en el comienzo del reinado, luego de la derrota de los sajones —sus vecinos— fue absoluta. Fue necesario —es verdad— un período bastante largo para anular el paganismo muy arraigado, pero sólo era cuestión de paciencia y tenacidad.

En cuanto a los eslavos —en las fronteras orientales de Sajonia, de Turingia y de Baviera— la política de Carlomagno parece haber tendido, no tanto a su incorporación al imperio, sino más bien a tenerlos en estado de sujeción y posiblemente, de control. Muy distinta y bien audaz es la política practicada con el pueblo ávaro. Llegados del corazón de Asia, los ávaros habían acampado en el centro del valle del Danubio, en las fronteras inciertas, practicando el saqueo, ya sea de los países balcánicos, ya de las varias regiones de la Europa occidental. Entre los años 787 y 796, los ataques y las campañas se suceden hasta el triunfo final y la conquista de los tesoros —el famoso "ring" *— que suscitó la maravilla de cronistas y poetas. También aquí, la técnica de la conversión religiosa —entonces ya perfeccionada— dio sus frutos:

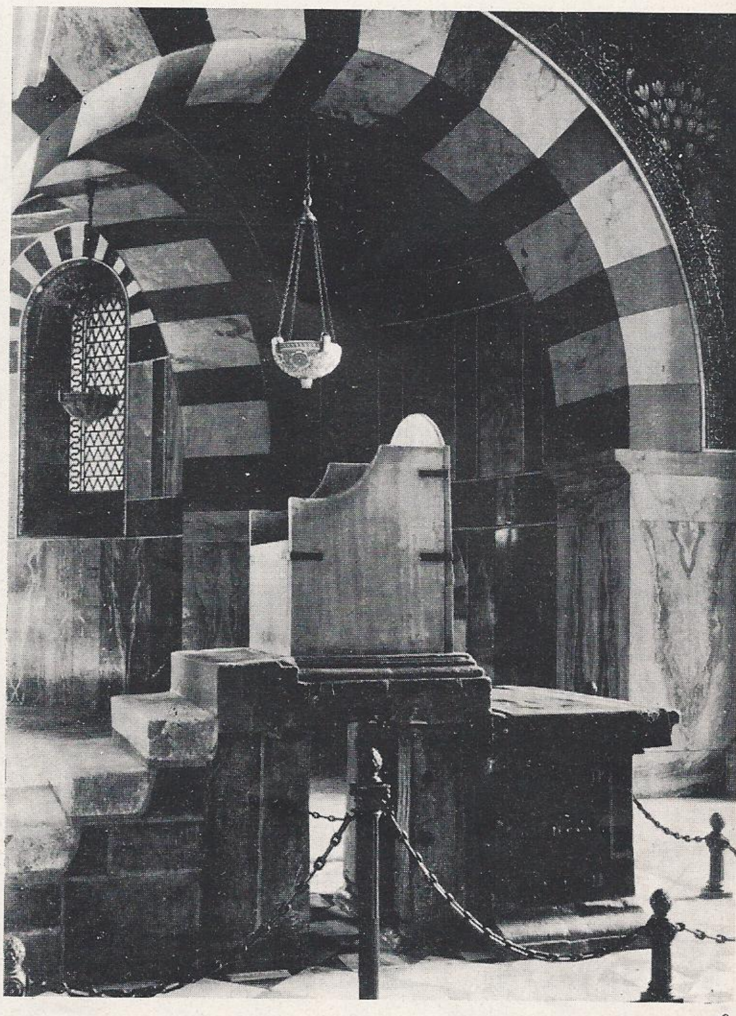
---

* Se denominan con este término los edictos reales promulgados por Carlomagno. Tratan aspectos muy variados de la administración del Imperio.

* Los ávaros acumulaban sus tesoros en un recinto que los occidentales llamaban con el vocablo germánico "ring" o círculo. El "ring" de los ávaros, al parecer, estaba ubicado —a fines del siglo VIII— entre el Tiza y el Danubio.



1



2

los ávaros vencidos se convirtieron en gran número y a pesar de algunas resistencias, la asimilación del país prosiguió muy rápidamente; pese a conservar un gobierno autónomo, fueron reducidos a la categoría de pueblo vasallo. En el año 811 se ve a su jefe, el Khagan, llegar en actitud de deferente vasallo a Aquisgrán a rendir homenaje al emperador carolingio.

En la otra extremidad del reino —en el confín de los Pirineos— los árabes apremian de un modo inquietante. También esta ocasión seduce a Carlomagno y concibe el proyecto de ir en ayuda de los cristianos de España. El gobierno musulmán de Barcelona, rebelándose contra su soberano —el emir de Córdoba— le asegura que los cristianos de la península y muchos sarracenos de importancia favorecerían el éxito de la expedición. En el año 778, Carlos se decide: la aventura se inicia. Pamplona cae en manos del rey franco y lo mismo ocurre con las ciudades situadas en el camino de Aragón, pero delante de Zaragoza sobreviene el fracaso; la empresa concebida sobre la base de la complicidad de un poderoso partido musulmán, favorable a la intervención cristiana, resultó frustrada. El buen sentido sugería no continuar. Se produce la retirada estratégica en la que el ejército no sufre al principio ninguna derrota; pero pasada la colina de Roncesvalles, la retaguardia es tomada por sorpresa y masacrada por las bandas vasconas. Suceso doloroso del que los cronistas no hablan más que en términos discretos, pero en el cual algunos de los mejores jefes del ejército, entre ellos el senescal del rey, el conde del palacio y el conde Roldán, fueron muertos. De estas víctimas la leyenda no ha conservado más que el último nombre, transformándolo en el héroe de la más famosa epopeya francesa del medioevo.

Pese a esa derrota Carlos no quiere rendirse y retorna en 795; las hostilidades continuaron hasta el 812, año en que se estipula la paz con el emirato de Córdoba. La expansión franca no pudo llegar al Elba, pero se aseguró, sobre la vertiente meridional de los Pirineos, una amplia faja de territorio que se extendía desde Barcelona al Golfo de Gazcuña, abarcando Navarra que quedó bajo protectorado franco. Gracias a la marca de España y de Navarra, una sólida barrera se opone a la presión de los musulmanes, los cuales, de este modo, no pueden golpear a Europa más que con la piratería. Además, quedan trazados los límites de dos Estados del medioevo: Cataluña y Navarra.

Gracias a todas estas campañas militares, Carlomagno extendió considerablemente las fronteras territoriales de su reino. Ningún Estado limítrofe pudo sustraerse a sus conquistas. Al norte, el mar lo protege de una extensa región con la cual mantiene relaciones económicas, la Gran Bretaña. Carlos no podía pensar en este caso, en una pene-

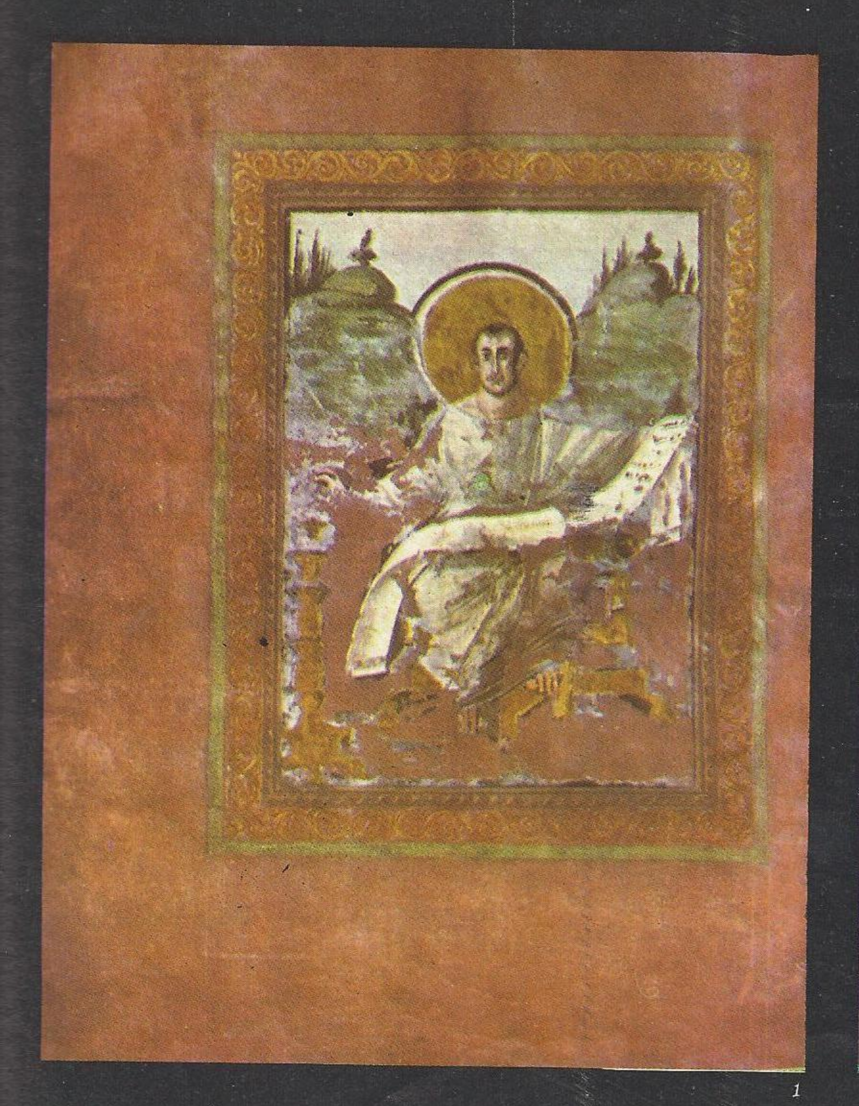
En la página 11:

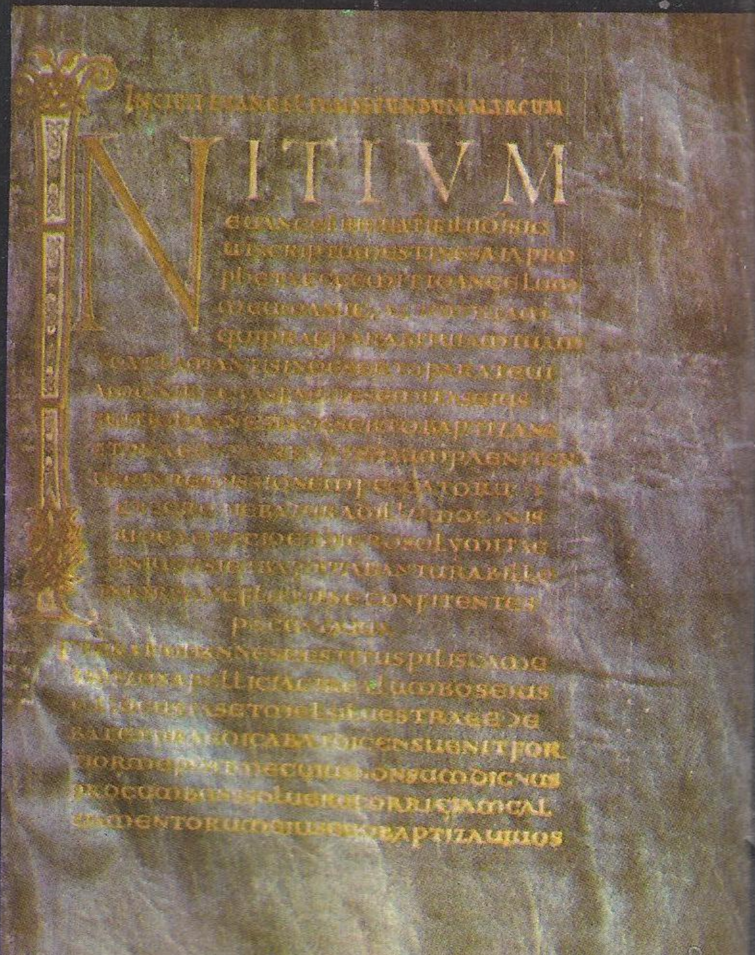
1. S. Lucas evangelista. *Miniatura del evangelario de Carlomagno. París, Biblioteca Nacional, Nouv. acq. lat. 1203, f. 2 r.*

1. *Vista de la Capilla de Aquisgrán.* (Bildarchiv Foto Marburg)

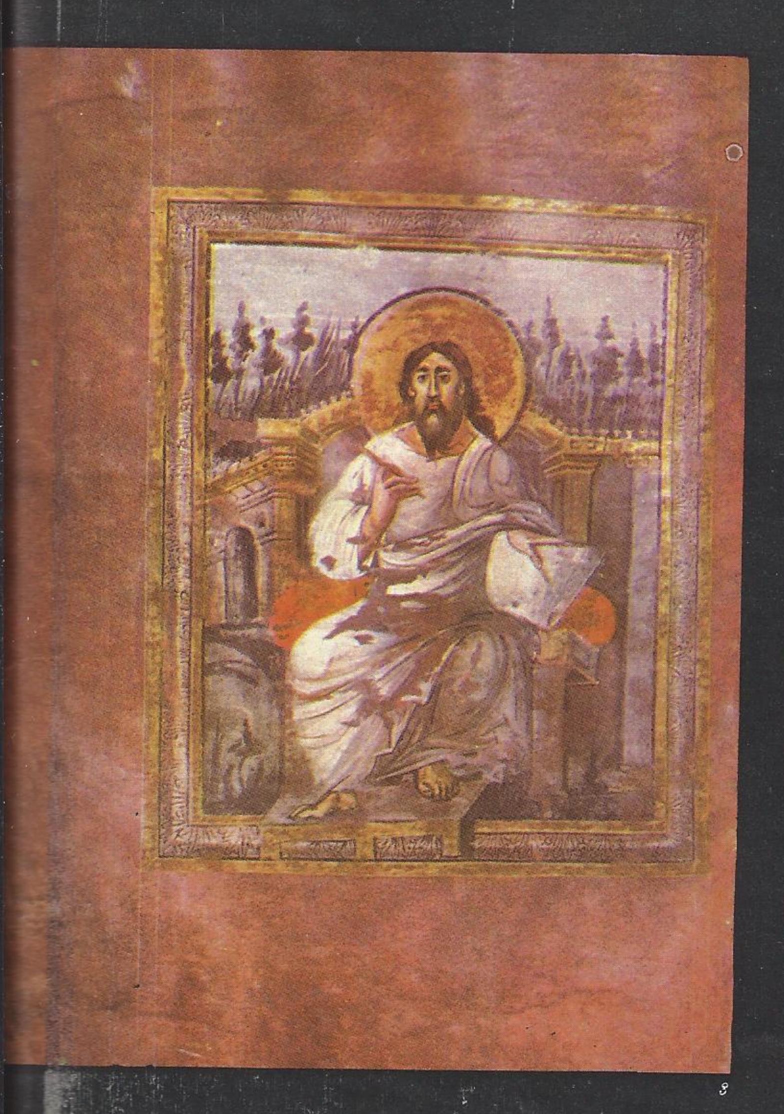
2. *El trono de Carlomagno en la Catedral de Aquisgrán* (Bildarchiv Foto Marburg)

1, 2, 3, 4. Miniaturas del evangelario de la coronación. Viena, Kunsthistorisches Museum

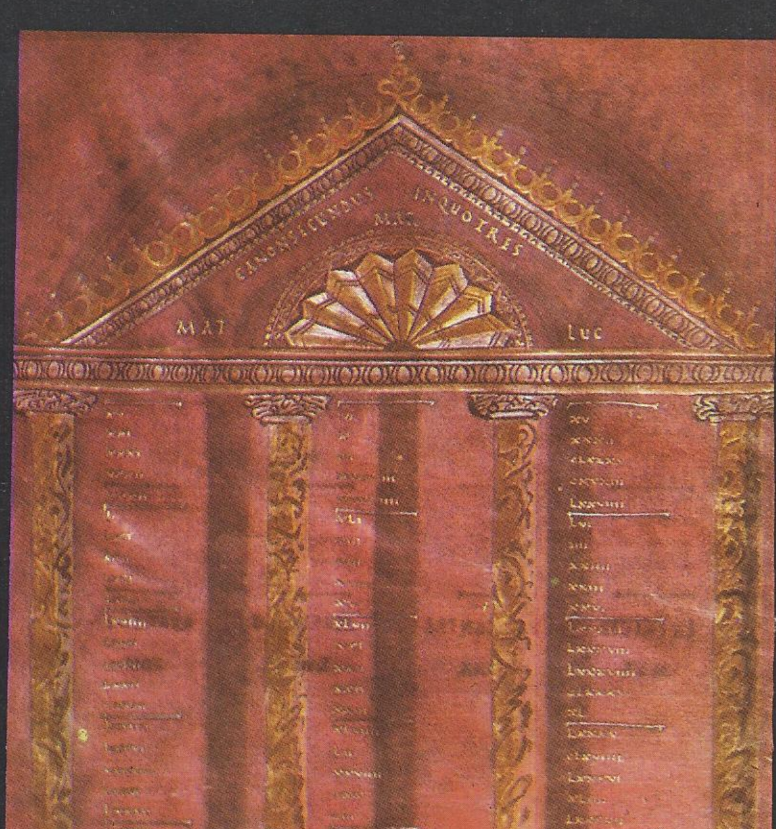




1



3



4

1. *Diploma de Carlomagno, del año 774. París, Archivos Nacionales*

2. *Carlomagno en carácter de legislador. París, Biblioteca Nacional, Ms. lt. 9654m f, Av.*



2

tración territorial, pues carecía de una flota. Pero ejerció una gran influencia sobre aquella zona gracias al ascendiente de su poder, al intercambio de embajadores y al envío de consejeros. Alcuino —en particular— desempeña un papel considerable al establecer conexiones entre los jefes de Estado; se intercambia una correspondencia personal, frecuente, precisa, útil; se firma un pacto. En estas relaciones de Carlomagno con los soberanos anglo-sajones no hubo ningún deseo de dominación, sino un clima de amistad, de confianza, de intención, fundada sobre la comunidad de intereses políticos, económicos y religiosos. Considerando sólo los resultados positivos, la obra realizada por Carlomagno respecto de la consolidación territorial del reino franco y de la protección de sus fronteras, se puede calificar de notable. En lo que hace a la Galia —sometida íntegramente a su autoridad, con excepción de la indomable península armoricana— Carlomagno consiguió unir todos los territorios germánicos situados más allá del Rin. Unos y otros, formarán parte de la misma organización política, de la misma fe religiosa, de la misma civilización.

A lo largo de las fronteras terrestres del reino se fundaron "marcas" avanzadas que lo preservaron de invasiones. El reino franco forma así un todo sólidamente protegido respecto de las vías terrestres y sólo el futuro revelará su extrema vulnerabilidad en casos de ataque por mar; a pesar de su inmenso litoral marítimo no dispondrá nunca de una flota capaz de vencer a las móviles embarcaciones escandinavas y éstas, llegado el momento, sabrán beneficiarse con ello cuando, desaparecido Carlomagno, el Imperio se precipite en la discordia y la anarquía.

Contemplando esta obra se puede calcular el tiempo empleado en las guerras. Para los francos, la guerra es una institución nacional. Cada primavera, ya lo hemos dicho, los conduce comúnmente a las fronteras del Imperio contra uno u otro —a menudo varios— de los pueblos vecinos. Los cronistas recuerdan, como hecho excepcional, los años en que Carlomagno "ha permanecido tranquilo en su palacio con los francos, sin hacer la guerra (sine hoste)". Pero si se observa su política, se ve que el emperador procura tener siempre un único enemigo con quien combatir, y puesto ante el caso contrario hace concesiones provisorias, amargas seguramente para su orgullo.

Carlomagno y su ejército

El ejército fue objeto de su constante preocupación; de todas las instituciones que heredó, fue en este ámbito donde introdujo el mayor número de reformas durante su reinado.

Así lo testimonian numerosos capitulares. Su acción en este campo puede calificarse de original, pues es el primer príncipe que ha dejado reglamentos sobre la composición y organización del ejército. Una vez decidida una guerra, Carlomagno redactaba un acta en forma de capitular, donde fijaba el lugar y hora de la reunión y el número de hombres convocados. Este documento, trasmitido a condes, obispos, abades, era llevado a conocimiento de los interesados. En tiempo de paz el ejército no existía, excepto la reducida compañía de guardias del cuerpo que rodeaban a su persona, y algunos soldados instalados en las fortalezas situadas en los países enemigos que era necesario ocupar. Únicamente el clero fue dispensado del servicio militar, así como del combate; resolución tomada desde el primer capitular conocido del tiempo de Carlomagno.

Pero obispos y sacerdotes pueden unirse al ejército "para cumplir con su ministerio divino", es decir, celebrar la misa y llevar las reliquias, y hemos visto como Carlomagno se servía de ellos en las empresas de guerra y de conquista. Pero si todos están obligados al servicio de las armas, Carlomagno, con inteligente prudencia no convoca nunca más que el número de guerreros necesarios para la expedición proyectada y los elige en la zona vecina al teatro de las operaciones, lo que le otorga una ventaja grande en rapidez y economía. Los cronistas, en cambio, evocan al rey haciendo la guerra con todo el ejército de Francia.

Carlomagno no se contentaba sólo con disponer las cosas, sino que vigilaba la estricta ejecución del reclutamiento: día y lugar de la reunión, víveres, armas y vestuario para tres meses, sanciones en caso de retardo (privación de la carne y el vino) o falta de respuesta al llamado (multa). Algunos funcionarios son los encargados de cobrar las multas "sin tener en cuenta ni la persona, ni las amenazas o lisonjas". El rey es despiadado en caso de deserción, verdadera y propia, reconociendo en ello un crimen de lesa majestad que debe ser castigado "según una antigua costumbre", con la pena de muerte y la confiscación de bienes.

En una carta a Fulrad, abad de San Quintín, resume en pocas palabras sus instrucciones: "Vendrás con tus hombres al lugar indicado, porque desde allí te enviaremos la orden de marcha. Debes traerlos pertrechados, vale decir con armas, instrumentos, víveres y vestuario, en fin todo lo que es útil en la guerra. Cada uno de tus caballeros debe tener escudo, lanza, espada y daga, arco, carcaj y flechas. Cada uno de tus carros debe contener hachas, segures (hachas grandes), cuerdas de tripa y azadas de hierro y todos los demás arneses necesarios para combatir al enemigo. Que los utensilios y víveres puedan durar tres meses, que las armas y vestuarios sean en cantidad suficiente como para seis meses. Si te ordenamos todo esto, es para que lo hagas cumplir y llegues tranquilo al lugar que nosotros te indicamos; también para que a lo largo del camino no debas ocuparte de otra cosa que de la hierba, de la leña y del agua que tendrás necesidad."

Para recompensar todo esto, Carlomagno cree necesario colocar bajo la tutela del Estado los bienes del soldado que ha partido para la guerra; el malhechor que atenta contra la esposa o su casa será encarcelado hasta su regreso y muy severamente castigado. Se preocupa por la organización de la intendencia militar: reglamenta la adquisición, el tráfico y el transporte de los víveres, de las armas, del vestuario. En esa forma, y en el momento necesario, está seguro de disponer de un ejército bien equipado, abundantemente nutrido. Como todo lo ha dispuesto por medio de actas en forma de capitulares, el día de reunión se complace en pasar revista a sus guerreros. Y la columna se encamina, ordenada y pintoresca, seguida de una larga fila de carros tirados por caballos o por bueyes, sobre los cuales se amontonan provisiones y municiones, al son de trompetas y de un canto militar, una especie de melodía compuesta por Alcuino, a pedido del Emperador, para "atemperar, con la suavidad de sus notas, la fiereza de los ánimos".

La conducción de la guerra

El carácter previsor de Carlomagno regula todo, el orden y la disciplina, el acantonamiento y la siesta durante el mediodía, el comportamiento: "Que ninguno invite a otro a beber en presencia del enemigo." Todos los que sean encontrados en estado de ebriedad, soportarán tal interdicción que no se les consentirá beber más que agua hasta que hayan reconocido que han procedido mal." Con su perseverancia, su buen sentido, su preocupación, Carlos es el alma de su ejército, del que tiene personalmente el comando supremo. Cuando no guía él mismo a su tropas, permanece en las cercanías del teatro de operaciones. Arriesga su vida apartándose del grueso del ejército y dando pruebas de resistencia, elige un grupo de hombres que sabe lo secundarán en fulminantes ataques. Lo que asombra a los contemporáneos es la rapidez con que se trasladan sus tropas. Con ese fin, él se informa de todo: la dirección de un curso de agua, la mejor época para atravesar un paso de montaña, los inmensos bosques de entonces casi desprovistos de senderos, el clima, el tiempo de las cosechas. En esa época, las fuentes de información eran únicamente verbales, por lo tanto, dudosas; pero incluso en esto, Carlomagno revela su gran elasticidad mental al modificar, sin obstinación, sus planes cuando se ven obstaculizados por las inundaciones, las epidemias y el temor de un futuro incierto.

Para asegurar la consolidación del resultado de sus victorias, recurre a la técnica de sus ingenieros, con los que construye fortificaciones en distintos lugares. Sabe rodearse de gente de probada bravura y reconocida capacidad: éstos serán, durante el período que dure la guerra, los comandantes de unidad u oficiales a quienes se encomiende una determinada empresa y también los lu-

gartenientes encargados permanentemente del cuidado de un territorio. La leyenda como la historia, nos ha legado sus nombres junto al de Carlos: Rolando, Guillermo de Tolosa, Erico, Geroldo. En algunos casos Carlomagno condujo la guerra valiéndose también de la diplomacia, confiando misiones especiales al abad Fontenelle —Gervoldo—, al Obispo de Treviri —Amalario—, o el conde palatino Elmengaud.
Así, portadores de dones e instrucciones escritas y sin que la fuerza fuera el único argumento, eran encargados de negociar armisticios, treguas, defecciones, sumisiones, alianzas; todo ello acompañado de un intercambio de juramentos a los que Carlos era muy afecto.
Otros métodos, muy eficaces, le fueron habituales: utilizar rehenes, luego de cada guerra, aseguraba la buena fe de las poblaciones y la sumisión de los vecinos. Todos fueron medios honestos y leales, si bien los últimos sólo relativamente, pero se aplicaron cuando las circunstancias así lo exigieron y sabemos que eso fue frecuente en la guerra contra los sajones. Carlomagno no titubeó entonces en recurrir a argumentos más brutales, devastando campos, incendiando factorías, destruyendo todo con el hierro y el fuego.

Hombre de Estado y legislador

Pero Carlos no es solamente un guerrero y un conquistador. Rígido hasta la crueldad, está pronto a sacrificar todo a la razón de Estado; fue también, a título de gloria, legislador y hombre de gobierno. No con el sentido atribuido hoy al "hombre de Estado", pues fue un déspota y un autócrata, sólo atemperado por la prudencia que le dicta la existencia de una oposición y las conspiraciones contra su persona.
Si bien con el cambio de dinastía y aún durante el reinado de Carlomagno no se produjo una transformación orgánica profunda, gracias a su admirable sentido de la función administrativa y del gobierno, Carlos sacó enorme partido de los elementos heredados. Con un celo extraordinario para la época, preocupado continuamente por mejorar la situación de los habitantes de su reino, se aplicó a poner en práctica sus principios. Como vimos antes, a propósito de la conducción de la guerra y de la dirección del ejército, vigiló la ejecución de los capitulares, la aplicación de los decretos y de las leyes.
No es nuestro propósito detenernos a estudiar cómo se organizó el aparato político del reino franco, cómo estaba repartido el poder y las funciones o la administración; nuestro fin es más bien ver cómo Carlomagno inspiró, animó, modeló y ver el beneficio que supo sacar de todo ello.
Su gobierno es esencialmente personal, en teoría, pero más que nada por la forma cómo ejerció el poder. Fue tan celoso de sus prerrogativas que ninguno de sus cortesanos pudo alabarse de haber ejercido una influencia predominante. Madre, esposas, hijos o familiares estimados por él, no lograron nunca dirigirlo. Gustaba rodearse de aquellos que podían ayudarlo a tomar una decisión y pudo contar con devotos colaboradores. Es pues con sus ideas personales y con el sentido de las nuevas exigencias surgidas de las circunstancias, que Carlos impuso su sello personal a los organismos heredados de sus predecesores merovingios y de sus mismos padres. Hincmar, en su tratado sobre la organización del Palacio, así como algunos capitulares, nos muestran un mecanismo gubernamental y administrativo bien reglamentado y ejecutado por un personal numeroso.

El juramento de fidelidad

Este sucesor de los merovingios ejerce su gobierno sobre los hombres más que sobre las tierras, es literalmente el "rey de los francos". Desea crear obligaciones entre ellos y con este fin restablece el antiguo juramento de fidelidad, caído en desuso. Todos los habitantes del reino, a partir de los doce años de edad, deben prestar juramento. Este deber de fidelidad será el prototipo del deber cívico de la sociedad moderna, ya que en ese tiempo el Estado está constituido por una sola persona: el príncipe.
Pero una vana abstracción no tiene la pureza vital de un jefe visible —en carne y hueso— hacia el cual existen obligaciones, no de nacimiento, sino de juramento. Esto se verá bien claro en el momento de la conspiración de Pepino el Giboso, cuando algunos autores de este complot —todos muy jóvenes— adoptaron como método de defensa el sostener que al no haber prestado juramento de fidelidad, no podían ser acusados de infidelidad, crimen que suponía la violación del juramento.
En una sociedad plena de espíritu religioso, el juramento pronunciado en presencia de los "missi" * en una iglesia y sobre las santas reliquias, es considerado indisoluble. Violarlo significa convertirse en perjuro, es decir perder los propios derechos, colocarse en la categoría de los "infieles", aquellos fuera de la ley, cuya vida y bienes no gozan de ninguna protección: en una palabra, la certeza de la condenación eterna. Los términos del juramento entran en tales detalles —sobre el servicio del soberano, el servicio de Dios y de sus ministros, sobre el rechazo del fraude, de la rapiña y de "cualquier injuria contra la santa iglesia de Dios, las viudas, los huérfanos, los viajeros", compromiso de "no devastar la tierra recibida del emperador en beneficio *, ni de apropiarse de ella", compromiso de no sustraerse ni al servicio militar, ni a los impuestos, ni al bando—, porque este acto implica una sumisión sin reservas a la voluntad del emperador. Cada desobediencia, cada tentativa de engaño equivale a una violación de tal juramento. Sería difícil exigir una subordinación más completa.

Los "missi dominici"

Pero ¿cómo puede el Estado asegurar la protección que debe a sus vasallos, controlar la obediencia del edicto? Carlomagno como siempre efectúa innovaciones: la institución de los "missi dominici" había sido creada anteriormente pero ahora se transforma en una inspección general, permanente y anual de todos los servicios públicos. Los "missi", verdaderos lazos de unión, controlan en el lugar a los condes, a sus subordinados, refieren al soberano las necesidades y las aspiraciones de la provincia; deben pues observar todo, comprender todo, decidir en las disputas o bien someterlas inmediatamente al examen del soberano. Así todos aquellos que tienen un mínimo de autoridad pública deben guardarse de la tentación de cometer actos de abuso o de impiedad. Porque en la persona de sus "missi" Carlomagno está presente siempre a pesar de la extensión de su reino y las comunicaciones difíciles; así él tiene los hilos de esta red administrativa y obtiene una centralización máxima, para un Estado cuya amplitud parecería poner en peligro su unidad.

El Palacio

El gobierno central —o Palacio, como era llamado— está constituido por una serie de servicios cuyos propósitos están subordinados sólo al soberano; no existe un primer ministro, ni un mayordomo de Palacio, del cual descienden los carolingios. Los "palatinos" son elegidos en base a su cualidad personal, o a su posición en el Estado o en la Iglesia; Carlomagno admite muy especialmente a algunos de ellos en su Consejo, que en nada se parece a nuestros modernos consejos: al decir de los contemporáneos, las deliberaciones tienen un tono familiar; el Consejo es convocado cuando el rey lo considera oportuno y sólo para aquellos miembros que él tiene interés en escuchar. Él es quien decide personalmente, pero sus consejeros son elegidos entre los hombres que se imponen por su valor personal o por su posición en la Iglesia.
La elección de Carlomagno se ha volcado a menudo sobre eminentes personalidades del clero, obispos o abades, para ejercer la función de gran capellán o de conde palatino, en el orden religioso y político; de procurador, de senescal, de copero, de condestable, de mayordomo de la casa, en el orden financiero y económico, o por último oficial de la caza real.

Obispos y Condes

Pero las decisiones tomadas en el Palacio era necesario trasmitirlas hasta el más ex-

* Religiosos, funcionarios del Imperio.
* Otorgada por el Emperador para ser explotada, a cambio, generalmente, de un servicio de armas.



1

1. La coronación de Carlomagno en San Pedro, Roma, en el año 800. Miniatura de las Grandes Crónicas de Francia *del siglo XV. París, Biblioteca Nacional, Ms. fr. 6465, f. 89 v.*

En la página 20:
1. Decoración en marfil de la cubierta superior de una colección de los Evangelios; encuadernación del siglo IX. París, Bibl. Nacional, Ms. lat. 9383


INCRUCERESTITUITXPSPIAVICTIMAFACTUS
QUODMALAFRAUSTULERATSERPENTISPREDAFEROCIS

1

tremo confín del reino, de allí la existencia —en un lugar estable de las provincias— de agentes ejecutores de las órdenes del rey.

Carlomagno mismo ha dejado la lista de ellos: en el preámbulo de su actas, ennumera en términos invariables aquellos que están encargados de seguirlas y asegurar su cumplimiento: obispos, abades, duques, condes, vicarios y centuriones. En la organización encontramos siempre la misma claridad y uniformidad de las que Carlomagno poseía el secreto. Se preocupa además de solicitarles que se ayuden mutuamente "a fin de que puedan cumplir plenamente su ministerio", de que vivan en perfecto acuerdo imponiendo, si es necesario, su mediación. Desea que aquellos cuerpos de administración locales conozcan sus deberes y estén consagrados a su servicio. Entre estos obispos, abades, condes que habían adquirido en su respectivas funciones una gran experiencia para la resolución de los asuntos, el rey encontraba en ellos los auxiliares que le eran útiles para completar su consejo, ocupar los grandes cargos de palacio, ejercer los comandos del ejército, enviar embajadores, ocupar todos los otros cargos, ya en el interior como en el exterior del reino.

El plácito

Rey absoluto —hemos dicho—, con los palatinos, "missi" o funcionarios locales reforzando la práctica de ese absolutismo; pero los escritores contemporáneos mencionan una asamblea general anual del pueblo franco o "plácito". Éste comprende en principio, según los textos, a "todo el pueblo cristiano". Sus deliberaciones, que se realizan generalmente en el verano, tocan importantes cuestiones seglares, religiosas o mixtas. ¿Fue una limitación al poder de Carlomagno? La realidad es distinta; no figura sino la gente vecina al lugar en que el "plácito" es convocado y los grandes que han traído consigo a varios de su séquito, constituyen el núcleo de esa asamblea. Además, en estas reuniones convocadas a placer del soberano en todos los lugares del reino, solamente los nobles laicos o eclesiásticos son admitidos en el círculo de las deliberaciones y consultas, exclusivamente hechas sobre un programa previamente preparado por el rey.

Terminado el cónclave, los de menor jerarquía son admitidos para aprobar lo que se ha decidido sin pedirles su parecer. Los documentos hablan siempre de un acuerdo general de los vasallos. Las decisiones han "agradado a todos, han sido aprobados por todos". Carlomagno puede, en consecuencia, tomar sus resoluciones con conocimiento de causa: son pulidas en las oficinas de la cancillería y repetidas en varios ejemplares destinados a los agentes ordinarios de ejecución o a los interesados.

Estas actas no son sino los famosos capitulares, edictos reales de tal riqueza que no hay cuestión política o administrativa que no sea tratada. Por medio de estas reuniones, el soberano ha sabido crear el contacto con la gente, contribuyendo así a establecer un estado de obediencia fundado, no tanto en el temor de faltar a la fe jurada, sino en un sentimiento de admiración y de afectuoso respeto.

Carlomagno

De año en año, el reino de Carlomagno evoluciona, en un esfuerzo por asegurar la consolidación del Estado. A los ojos de todos, el rey mismo aparece envuelto en un prestigio excepcional; sus conquistas, su gobierno, el sentido cristiano de su misión respecto de los pueblos, todo contribuye a conferir a la persona de Carlos, un particular carácter y un esplendor que ningún rey de la dinastía precedente ha conocido. Entre los príncipes contemporáneos no es ya el "primero entre sus pares"; todos le reconocen una personalidad excepcional, única. Es así que un poeta irlandés ha cantado, tal vez en su mismo palacio: "Uno solo reina en el reino de los cielos, aquél que lanza el rayo. Es natural que sea uno solo después de él que reine sobre la tierra, uno solo que sea un ejemplo para todos los hombres." Y el abad de San Gallo, Nokter, describe de este modo el recibimiento de una embajada: "El rey se encontraba cerca de una ventana llena de luz, resplandeciente como un sol en el levante, cubierto de oro y de piedras preciosas." Alcuino decía a Carlomagno: "la Gracia de Dios ha esparcido el temor de vuestro poder en todas las naciones. Aquellos que no han sido nunca sometidos por la guerra, vendrán tal vez voluntariamente a someterse a vos". La autoridad de un solo hombre designado por Dios para gobernar a los hombres, correspondía a la autoridad de Dios sobre el universo; los paganos que no están convertidos quedan como siervos del diablo, excluidos de la comunidad cristiana. El reino sobre el cual el monarca ideal debía gobernar era sólo la cristiandad, si bien estaba sobreentendido que el resto de la humanidad debía ser incorporado lo más pronto posible.

Estas ideas no eran nuevas; habían existido por siglos en el Imperio romano y habían servido de base a la política de los emperadores cristianos; después de la paz alcanzada en el siglo IV, entre el Imperio y la Iglesia, representaron las respectivas ambiciones de universalismo del Imperio romano y del Cristianismo. Y romano y cristiano se transformaron en sinónimo, usados indistintamente. Pero en el año 476, el Imperio de Occidente, después de más de un siglo de invasiones de los bárbaros, se derrumbó, manteniendo, sin embargo, el antiguo ideal bajo la forma de un universalismo que hizo que se reconociese la autoridad imperial sobre los reyes. La persona del emperador está revestida, de este modo, de un carácter sagrado; él es quien gobierna a la Iglesia, por medio del Concilio general, legisla, juzga, preside las controversias dogmáticas.

En Occidente, en la segunda mitad del siglo VIII, los soberanos francos son comparados con las grandes figuras del Antiguo Testamento. A Pepino, Esteban II y luego Pablo I les dan el nombre de Nuevo Moisés o Nuevo David. En cuanto a Carlomagno, éste domina en el interior de su reino, pero la mayor parte de los príncipes de Europa son sus amigos, aliados o vasallos. En las iglesias de la Cristiandad se jactan de los servicios que el rey de los francos rinde cotidianamente a la religión cristiana y se ruega a Dios por él. De esta popularidad universal, el pueblo franco está imbuido y no duda de la duración de su poder. Aparece entonces una idea grata a todos los espíritus selectos de la época: que a la gloria política de Carlomagno se agrega una, mucho más pura: aquella que al extender el reino de los francos ha propagado el nombre de Cristo. Gracias a esto las sectas desaparecen y las naciones paganas aceptan el bautismo. Carlos mismo ve en su soberanía una institución de origen divino, se proclama ante todo "rey por la gracia de Dios" y hemos visto cómo lo inspiró el celo religioso durante las campañas cumplidas más allá de las fronteras. Alcuino, que no oculta su admiración y veneración, le reconoce la misión del magisterio, propia de los obispos. Carlomagno se preocupa por el mantenimiento de una doctrina sana, de la disciplina adecuada y del respeto de las reglas y normas de la Iglesia. Dirige así las deliberaciones de los sínodos y de las comisiones teológicas; quiere ser el protector de la Iglesia, pero con tal fuerza de autoridad, que se puede pensar que el rey de los francos ejerce un poder casi imperial sobre la Iglesia de Occidente.

Con este motivo conviene recordar que, luego de Pepino, las relaciones entre la corte de Constantinopla y los reyes francos, no fueron muy cordiales. La intervención de Pepino en Italia, llegado en ayuda del Papa contra los lombardos, selló una estrecha alianza entre el reino franco y el papado. Cuando Carlomagno se ciñe la corona de hierro, Constantinopla asume una actitud de prudente expectativa. Con la emperatriz Irene las relaciones parecen mejorar con la complacencia de Carlos, pero una nueva intervención de los francos en Italia en el año 787 y la repercusión de la lucha en Bizancio, por el culto de las imágenes, provocan de nuevo un enfriamiento. Más tarde se seguirán tratativas de armisticio, pronto fracasadas por cuestiones de susceptibilidad producidas por el Concilio de Nicea, al que Carlomagno no ha sido invitado y contra cuyos decretos hizo redactar por sus teólogos una confutación seguida de un enérgico capitular.

El rey de los francos aparece como portavoz de la Iglesia latina, administrador, vigilante y defensor de la fe cristiana.

A través de miles de detalles, en esta pers-

pectiva del siglo VIII, se ve siempre a Carlomagno tendiendo a colocarse sobre un plano similar al de emperador. En los asuntos de la cancillería, Pablo Diácono y Alcuino en sus escritos, lo llaman ahora con el apelativo de David, el nombre del rey judío con el que se invocaba al emperador de Bizancio. A partir del año 794, Carlos ha decidido establecer una residencia fija, el palacio de Aquisgrán; abandona así la vida nómade que ha llevado de lugar en lugar. Allí el palacio y la capilla, por lo que sabemos por las crónicas y las excavaciones, eran de aspecto sobrio pero ricamente decorados en el interior y en su disposición se advierte la influencia de Constantinopla y de Ravena. En el año 774, Carlomagno ha renovado con Roma el pacto de su padre y ha pronunciado, de nuevo, la fórmula "me obligo con un juramento a ser el protector y el defensor del Papa y de la ciudad". La protección es autoritaria y confiere al protector el derecho de intervenir en los asuntos del protegido. En las actas de cancillería, entre sus títulos, figura el de Patricio de los Romanos. El papa Adriano consiguió, con habilidad y firmeza, conservar una cierta libertad en las relaciones con su poderoso protector; pero su sucesor, León III —elegido en el año 795—, no tendrá ni el prestigio, ni la amplitud de miras de su predecesor.

Expuesto en sus Estados al antagonismo entre la aristocracia militar y territorial y la burocracia clerical, el Papa trata de acercarse a Carlomagno, que bien pronto declara sus deseos: "A mí me pertenece defender la Santa Iglesia de Cristo con las armas; en el exterior, contra los ataques de los paganos y las devastaciones de los infieles y consolidarla en el interior, difundiendo la fe católica. A vos, Santísimo Padre pertenece, levantando los brazos como Moisés, ayudar con vuestras plegarias al triunfo de nuestras armas." En otras palabras: al Papa, el ministerio de la plegaria; al rey, la defensa de la Iglesia misma y su dirección espiritual. León III responde haciendo decorar la sala de recibo de Letrán con el célebre mosaico, hoy destruido y del que no queda sino una reconstrucción del siglo XVIII: a su derecha, Cristo confía las llaves al Papa Silvestre, y el estandarte a Constantino, ambos arrodillados igualmente a sus pies; a la izquierda, San Pedro entrega a León III la estola y al rey de los francos, el estandarte. A los ojos del pontífice, Carlomagno debe ser el nuevo Constantino y estar a disposición de la Iglesia. ¿Y qué decir exactamente de las ambiciones y de las pretensiones de Carlomagno respecto de la evocación del término "Imperio"? La lengua materna no conocía palabras para designar la dignidad imperial, pero sabemos que, escasamente instruido en la adolescencia, Carlos siempre tuvo el deseo de aprender de sus doctos amigos y de hacer de la civilización cristiana antigua una herencia propia. Los intelectuales de la Corte, siempre orientados hacia la antigüedad, debían sentirse fascinados de la proyección de la idea imperial sobre la monarquía carolingia. Alcuino en sus cartas —del año 798 al 800— empleará insistentemente el término "Imperio cristiano", refiriéndose al reino de Carlomagno: quizás se trate en su pensamiento de una realidad espiritual, la comunidad de los creyentes —y sabemos cómo Carlomagno la tenía en su corazón—, pero el hecho nos permite reconocer la referencia a un imperio romano-cristiano, cuerpo político de la cristiandad y cuya misión esencial debía consistir en la defensa de la Iglesia. En cambio el Bizantino, arrogante y tiránico, aseguraba mal tal protección. Carlos, señor unificador de Occidente cuya metrópoli era Roma, sabrá dar al cristianismo el vigor capaz de forjar un espíritu común a las distintas poblaciones incluidas en el reino carolingio. Alcuino, evocando en el 799 la muerte de dos duques de Baviera y del Friul escribe al respecto: "estos hombres tan valientes que conservaron y extendieron las fronteras del Imperio cristiano". La correspondencia de Alcuino indica claramente cuál fue el tenor de los problemas debatidos en torno a Carlomagno: en la corte franca había una opinión que consideraba, de hecho, la existencia del "Imperio Cristiano".

Mientras tanto la situación de Roma en el año 799 se agudiza: la aristocracia romana se opone a León III. En la ciudad se producen tumultos, se maltrata al Papa, que se ve obligado a refugiarse en Spoleto. La noticia de los acontecimientos traspone los Alpes; Alcuino, con varias cartas, incita a Carlomagno a restaurar la Santa Sede. Carlos está en Sajonia, en Paderborn, donde se le reúne León III. Por cartas que le llegan de Roma, el rey se entera de las acusaciones que se hacen al Papa, que, según el cronista, "fue acogido con grandes honores, al cabo de algún tiempo enviado nuevamente a Roma con la misma deferencia". Alcuino exhorta al rey nuevamente: el Papa es inocente, los romanos son los únicos culpables; importa "corregir lo que debe ser enderezado y conservar lo que se debe mantener". Carlomagno actúa con la prudencia habitual: envía comisarios reales con el fin de que efectúen indagaciones en el lugar, en la espera de que él se dirija personalmente a Roma para examinar la situación. ¿Qué se había conversado en Paderborn entre el Papa y el soberano?, ¿qué se había tratado?, ¿se le había prometido a Carlomagno la dignidad imperial como recompensa de sus buenos oficios? Obras poéticas posteriores al acontecimiento, así lo sostienen.

León III retorna a Roma, donde la situación no se ha normalizado todavía. Alcuino defiende siempre su causa; es necesario la plena restauración del Papa, sea éste culpable o inocente; la unidad y la tranquilidad de la Iglesia lo exigen. Carlos finalmente se decide, después de haber convocado una asamblea general del reino en Maguncia para informar de su intención de bajar a Italia. A comienzos de diciembre llega a Roma, donde el Papa lo acoge con grandes honores; reúne una asamblea para discutir las acusaciones contra el pontífice: pero nadie las mantiene. El Papa pronuncia la "purgatio per sacramentum" (declaración de inocencia) propuesta por el rey de acuerdo al derecho germánico, solución de compromiso apta para satisfacer a ambas partes. El juramento tiene lugar en San Pedro, el 23 de diciembre, bajo la presidencia de Carlomagno, con gran asistencia de prelados, clérigos, laicos, romanos y francos; después, la asamblea deliberó sobre el restablecimiento del Imperio, recordándose la usurpación de Irene, es decir el título imperial vacante, y la posible unificación del Occidente romano bajo el gobierno del rey de los francos. Los Anales refieren que Carlomagno "no quiso rechazar la petición de los obispos y del pueblo".

La ceremonia oficial que consagró la ascensión de Carlomagno al Imperio tuvo lugar dos días después, en Navidad, hecho inspirado en la tradición bizantina y algo modificado de modo de dejarle el papel principal al Papa: la coronación del emperador a manos del pontífice, la aclamación y por último, la adoración por parte del Papa y de los altos dignatarios del Estado y de la Corte. En Bizancio, la coronación seguía a la aclamación por parte del senado y del ejército y constituía una especie de elección. Y es, en realidad, en la modificación del rito donde se debe buscar la explicación de cuanto escribe al respecto Eginardo: "Carlos se mostró en un principio tan descontento que habría renunciado —decía— a entrar en la iglesia en aquella ocasión, aunque fuese un día de gran fiesta, si hubiera conocido anticipadamente las intenciones del pontífice." No se trataba en este caso de falsa modestia.

Los contemporáneos han visto en esta coronación imperial una indiscutible promoción en la jerarquía de poderes. Las monedas, las actas de cancillería denuncian la toma de conciencia del renacimiento del Imperio romano y de la dignidad imperial. Alcuino, en los años sucesivos, escribirá al Emperador cartas llenas de enseñanzas, mostrando la dignidad imperial como un homenaje a su persona, a su sabiduría, a su poder; pero este Imperio, apenas resurgido, es ante todo el Imperio Cristiano. Este es el sentir de todos los dignatarios carolingios.

En el año 802, Carlomagno convocó en Aquisgrán una asamblea general luego de la cual promulgó un capitular que trazaba un programa al que cada uno debía atenerse para vivir rectamente. Cada hombre libre debía renovar su juramento de fidelidad a Carlos como emperador; una forma de ratificar la creación del Imperio por parte de la población franca.

La fórmula del nuevo juramento incluye además un elemento del juramento de súbditos a vasallos, que ata a cada uno a una

fidelidad más rigurosa y amplia que la simple fidelidad tradicional.
La impresión general que se deriva de este capitular es que Carlomagno busca sustituir los deberes debidos a la persona del príncipe por obligaciones referidas a la causa que él mismo sirve. Con el retorno del Imperio se tiene la impresión que se opera un renacimiento de la noción de Estado.
En ese mismo año, Carlomagno convoca otra gran asamblea compuesta de altos funcionarios laicos y eclesiásticos y propone la restauración, la enmienda y los complementos de la legislación civil vigente, y sugiere un mejor conocimiento de los cánones del Concilio y de los decretos papales, como así también la regla de San Benito para los monjes y aporta, igualmente, correcciones a las leyes del reino con una serie de capitulares y agregados a ciertas leyes nacionales. Todo esto constituía una innovación importante, pues se reveía el derecho antiguo, considerado sagrado e intocable y se elaboraba un gran número de reformas al derecho de sus pueblos.
Como Justiniano, el nuevo emperador ha hecho un esfuerzo enorme para fijar el derecho eclesiástico y secular del Imperio.
Al mismo tiempo, trató de promover el triunfo de los principios cristianos en el juego de las instituciones y en la vida cotidiana. El tono de los capitulares se hace más patético hasta asumir el carácter de verdadero sermón. El principio que debe presidir y animar la vida social es la paz —este tema reaparece continuamente—, la paz hecha de concordia perfecta entre los engranajes del organismo social; paz entre grandes y pequeños, paz entre los grandes, paz garantizada por la Iglesia. Este ideal constituyó una lenta transformación del contenido de la noción de función pública. Concepto importante, afirmado por una élite de intelectuales. Pero, a pesar de las prédicas imperiales, el desorden, la corrupción, la violencia, lejos de ser alejados, se desarrollan de un modo inquietante en ese inmenso cuerpo que fue el Imperio franco.
Bizancio consideró la creación de un emperador, por obra del Papa —en Occidente—, como un acto de rebelión a la autoridad legal. Carlomagno, al conocer la situación, trató de resolver el problema planteado por su coronación. Debió descartar la guerra como solución de la controversia, y se vio obligado a recurrir a la negociación. Por su parte, Irene se inclinó igualmente hacia la diplomacia. Se llegó a sugerir un matrimonio entre ella y Carlos, pero el proyecto no se realizó: una revolución de palacio depuso a Irene y Nicéforo I tentó también la negociación, con el propósito de esbozar luego un proyecto de tratado.
La tensión provocó entonces la guerra, en el plano religioso como en el plano militar.
A un mismo tiempo, Carlos arregla su sucesión: sus tres hijos ya consagrados, son asociados, aún en vida suya, al reino y al Imperio.
Mientras tanto el sucesor de Nicéforo, Mi-



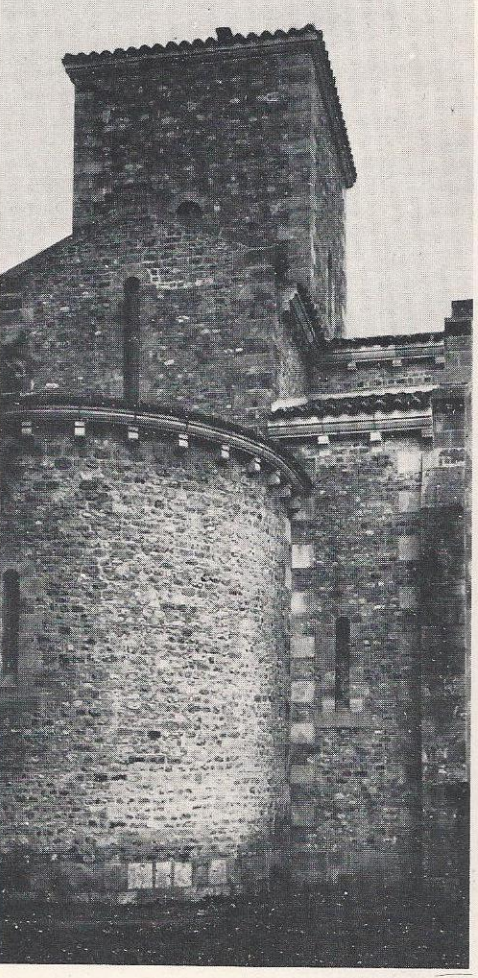
1

1. San Juan Evangelista. *Miniatura de un evangelario carolingio. Londres, Museo Brtiánico, Ms. Harley 2788, f. 161 v.*





1



2

1. Pórtico de la abadía imperial de Lorsch (Bildarvich Foto Marburg)

2. Vista de la parte exterior del ábside de la iglesia de Germigny (Loiret) (Archives Photographiques)

guel I Rangabe, obligado por dificultades externas e internas, se apresura a concluir la paz con Carlos y le reconoce el título imperial a cambio del abandono de Venecia y Dalmacia. Satisfacción no pequeña, para el amor propio de Carlomagno.

En el año 813, ante la muerte de sus hijos, arregla nuevamente la sucesión en provecho del menor, el rey Ludovico. Con este propósito convoca una asamblea general en Aquisgrán, que por aclamación total lo hace partícipe del poder imperial. La coronación tiene lugar en la Capilla de Aquisgrán, con aclamación general. Roma no es más el centro del Imperio, con ventaja para Aquisgrán y los francos. Pero el Imperio permanece fundamentalmente como un Imperio Cristiano.

Carlomagno y la Iglesia. La herencia anglosajona

La Iglesia, el cristianismo, serán los determinantes de las acciones de Carlomagno. Bien que pueda parecer sorprendente después de lo que hemos dicho antes de la importancia limitada de su relaciones con Inglaterra, es de este país —de la Iglesia anglosajona— que Carlomagno adquiere lo mejor de su cristianismo. En efecto, al final del siglo VII y en la iniciación del siglo VIII, África y la España cristianas se eclipsan, la Iglesia de Galia está en decadencia, lo mejor de la Iglesia se ha refugiado en Inglaterra. Un monacato vigoroso, una cultura auténtica, un clero fiel y dócil a la autoridad romana, una Iglesia que, debido a su lazo con Roma, tiene el sentido de la organización y de la centralización. Un perfecto acuerdo de la Iglesia con el soberano, un espíritu misionero que empuja a los monjes bretones a la evangelización y a trasmitir sus hábitos al continente: todo ello constituye una Iglesia digna de ser imitada.

Grande fue el papel que en ella desempeñó Bonifacio, quien, con una visión original de la unidad del mundo cristiano, tendió a la solidaridad fraterna de las distintas iglesias, prontas a intercambiar mutuos servicios. Es él quien proclamó constantemente el respeto a la Santa Sede y a su disciplina, como fuente permanente de orientación y normas soberanas. Bonifacio, que colabora con el poder civil al que considera divino; Bonifacio, que hace de los monasterios benedictinos, centros misioneros, que interpretan la regla de San Benito en el sentido de un monacato apostólico; Bonifacio, finalmente, el hombre de cultura sacra y profana, que hace de este modo más rico y vivo el cristianismo para que no sea solamente un sistema de instituciones o un organismo de salvación eterna.

Carlomagno surge, por lo tanto, como heredero de Bonifacio, que debió haber tenido una actuación notable en la corte de Pepino o en los concilios reformadores.

Otro bretón, otro benedictino, Alcuino, del que conocemos el papel que tuvo en la

corte, fue, al lado de Carlomagno, no sólo quien dirigió sus estudios, sino incluso quien moldeó su conciencia política y fue además, durante más de veinte años, su constante amigo. A él, pues, el rey debe todo: su cultura, su pedagogía, su devoción a San Pedro, su concepción del poder real y, sin duda alguna, la concepción del Imperio.

La conversión de Germania. La idea de guerra Santa

Si Bonifacio había dedicado sus afanes a la evangelización de Germania, Carlomagno sigue por esa senda y prosigue su obra, pero indudablemente con otros métodos. Donde el benedictino hace a veces llamados al brazo secular, el rey franco emplea primero medios espirituales. La de los carolingios es una política de conquista: en ese entonces quien dice bárbaro, dice pagano; en consecuencia, a los ojos de Carlomagno la conquista no podría hacerse sin la evangelización y así introduce una idea nueva: la de la guerra santa. Para él, en efecto, el fin último de la conquista es la integración de los vencidos a la comunidad cristiana. Los vencidos se transforman de un día para otro, a través del bautismo, en los iguales de los conquistadores, lo que explica la rapidez de la asimilación.

Alcuino solía reprender a su príncipe porque éste recurría al terror para obtener las conversiones. Lo que antes se ha exaltado en una empresa evangélica ha sido el martirio; ahora, con las guerras carolingias, se exalta otro cosa: el valor, lo que es un paso adelante en la promoción del espíritu laico. ¿Cómo ha llegado Carlos a esta concepción de la guerra, acaso con la victoria como juicio de Dios que hace evidente la verdad del cristianismo? Seguramente se ha sentido más cercano a los relatos del Antiguo Testamento que a la beatitud de los pacíficos relatos del Nuevo. Aun en esto, Carlos resulta un precursor; en los siglos sucesivos aparecerán las consecuencias de la lucha entre sacerdocio e Imperio, de la cruzada, e incluso de la caballería y las canciones de gesta.

Los francos y la Santa Sede

Como su padre Pepino, Carlos se alía con Roma y pone el poder franco al servicio de la Santa Sede. Al asumir esta herencia, da una característica decisiva al medioevo, al Estado pontificio y a la historia de Italia. Dirige a la Iglesia hacia una nueva práctica de Estado, con fines, medios, causas temporales, y esta alianza la conduce personalmente con el espíritu de una recíproca colaboración y de un legado espiritual.

En cuanto al Papa, a pesar de la vecindad un poco inquietante de un aliado tan poderoso, le debe la consolidación del Estado pontificio, hasta entonces pequeño y frágil, y el refuerzo del proyecto para alcanzar un verdadero poder temporal que promueva una política italiana.

Hacia la mitad del siglo VIII, la Iglesia franca había comenzado su reforma, prefiguración de la reforma gregoriana, una y otra preocupadas por apartar a la Iglesia de la influencia de los laicos. Carlomagno prosigue en la línea de esta primera reforma. Genio organizador, espíritu metódico, lucha contra la anarquía que la época merovingia ha creado. Tiene el afán del poder, de la ley escrita, el gusto por el control ejercido por él o trasmitidos a los "missi" que le dan cuenta de los acontecimientos. Gracias a esto, el nivel moral del clero franco se elevó; la elección de obispos fue excelente, los estatutos sinodales en numerosas diócesis contribuyeron a encauzar nuevamente la vida sacerdotal y cristiana. Esta obra fue proseguida por la sola voluntad de Carlos y con ella adquirirá la Iglesia un nuevo aspecto. Desde entonces conservará la marca decisiva impresa por Carlos, o sea la iglesia galicana y no romana, sin concilios reformadores, pero sí con reformas promovidas por capitulares, emanadas del poder civil. Se aconseja con obispos, pero no con monjes (excepto Alcuino). Carlos aparece en sus capitulares como el único juez de las reglas promovidas y de la oportunidad en que lo fueron.

La reforma eclesiástica

Él es, en efecto, el jefe de la Iglesia franca; los "missi" reales vigilan a los obispos y los monasterios; todos los clérigos pueden acercarse a apelar al tribunal del rey, del que esperan la última palabra. El rey elige los obispos concediendo a veces a algunas iglesias la libertad de la elección. Aún en esto el Antiguo Testamento le ofrece un ejemplo, Josué, como él mismo lo dijo. Algunas instituciones eclesiásticas carolingias deben a este último su reforma definitiva. Por la desconfianza que tiene Carlos en la confrontación del monacato, se produce una suerte de rehabilitación del clero secular, despreciado por la generación anterior por sus costumbres e ignorancia. Los obispos desempeñarán, de aquí en adelante, un papel importante en el orden nacional; convocados a las asambleas generales, figuran en primer plano y se preparan, en cierta forma, a la responsabilidad política que ejercerán bajo el próximo reinado de Ludovico Pío.

Carlomagno ha definido el papel y la responsabilidad de los obispos organizando en cierto modo una monarquía episcopal y subdividiendo el reino en territorios: las diócesis, y en cada una de ellas imponiendo el obispo sobre la base de la territorialidad de la ley eclesiástica; de manera análoga, a cada curato se le impone la residencia en la respectiva parroquia, para fijar así al suelo a estos nómades; los clérigos errantes constituirán a partir de entonces una excepción.

Al clero merovingio, abandonado a la decadencia y los abusos, sucede, por lo tanto, un "orden" sacerdotal con leyes y normas. Él, que es un príncipe, exige la devoción de los sacerdotes y se preocupa particularmente de las formas que toma la liturgia; hace copiar en todas las iglesias el sacramentario gregoriano, declara obligatorio el canto romano, uniforma el ritual.

Él mismo, como fiel modelo, llega puntualmente a los oficios, si bien en materia de costumbres su rigidez es mucho menos estricta.

La legislación de Carlos, llena de prescripciones relativas a la práctica de los sacramentos, contribuye así a hacer del cristianismo medieval la religión del sacramento.

Carlomagno y el dogma

Para que su obra sea perdurable y fecunda, Carlos necesita un clero virtuoso y también instruido, y para ello distribuye entre el clero franco manuales elementales. Sueña con aumentar posteriormente la actividad de los *"scriptoria"* (escribientes), para proveer a toda la Iglesia franca de misales y rituales, los libros que necesita cotidianamente.

Por iniciativa suya, se ha mezclado en controversias teológicas: la iconoclasta, la del adocionismo español, la del *"Filoque"*, debates que se prolongarán del año 791 al 810. No se trata de una fantasía pasajera; le preocupa esta competencia habitual que considera general e inapelable. Dándose cuenta de la transformación que se va realizando en el mundo, no quiere que las discusiones teológicas y los concilios sean abandonados a la Iglesia de Oriente. Enseña a los teólogos de Occidente que ellos deben dar su opinión y contribuir a la formación de un cristianismo latino. ¿De dónde extrae Carlos tanta autoridad doctrinal? Nadie se la discute y aun el Papa, cuando lo enfrenta, no presenta, ante esas ingerencias, objeciones de principio. El emperador vela sobre la fe, como sobre la Iglesia y los huérfanos: ello es para él un objeto de administración más que de revelación, es algo que ha recibido en custodia: la religión se refiere, más que al fervor del alma, a una práctica exterior de acuerdo a una ley, es decir, es una institución visible organizada como sociedad temporal.

Levantando sus teólogos contra la Iglesia bizantina, reuniéndolos en cortes, —verdaderos concilios ecuménicos de Occidente—, haciendo circular las ideas en el interior de una sociedad de mentalidades carolingias, sean de origen anglosajón, italiano, español o franco, volviendo consciente al Occidente latino de su unidad de propósitos, de cultura y de método, Carlomagno ha bosquejado de este modo un imperio espiritual sometido a una autoridad magistral. Imperio animado además por un verdadero imperialismo doctrinario: Carlos obliga a España a aceptar su teología. El "Imperio cristiano" nació de estas coincidencias.

La Iglesia parece perder su potencial místico en beneficio del Imperio y le transfiere a éste sus atributos invisibles. Es el Impe-

rio, el que aparece en la literatura de una época en que no existen tratados eclesiásticos, como el verdadero Cuerpo místico, el Reino mesiánico del rey David. La grandeza de Carlos consiste en haber creído en una moral política y en haber pensado que la política no era, después de todo, más que un capítulo de la moral.
Moral que resulta, es cierto, más similar a la del Antiguo Testamento que a la del Nuevo y que en adelante dará vida a una sociedad más próxima al judaísmo que al cristianismo, pero singularmente superior a las contemporáneas de Bizancio y del Islam.

Personalidad religiosa de Carlomagno

De todo esto se deduce fácilmente la importancia que Carlos atribuyó siempre a la cuestión religiosa. No hay duda que aspiró a colocar su poder al servicio del cristianismo; no concibió un Estado, un régimen político, económico y social que tuviese en sí su propio fin y su propia justificación; toda su actividad como jefe de Estado fue animada de la idea religiosa. Con sus ideas, con las estructuras por él promovidas —o mejor dicho impuestas—, fue un mundo enteramente nuevo el que hizo su aparición: se perfila la cristiandad del medioevo, el gobierno sacerdotal, el humanismo escolástico, la cruzada, las catedrales, la reforma gregoriana, la diarquía sacerdocio-Imperio. No se trata de olvidar a Bonifacio ni a Alcuino: Carlomagno no es ciertamente un pensador, ni tampoco un escritor, pero es sí un hombre de acción.

Carlomagno: la economía

Hombre de acción, he aquí la senda que ha conducido a descubrir su personalidad y su actitud frente a todos los problemas de gobierno y de la vida que se le han presentado y que ha debido resolver. La conclusión es la misma si se lo estudia bajo el aspecto económico, tema éste que ha dado origen a tantos debates y a tantas conclusiones contradictorias: renacimiento total gracias a él, según algunos; mayor decadencia respecto de los tiempos merovingios, según otros. Reconozcamos ante todo que si aún en este campo Carlos no ha sido un teórico ni un utópico, no ha ignorado, sin embargo, el problema. Se preocupó por adoptar medidas convenientes —aunque exageradas por la minuciosidad del detalle— tal vez sin una previa construcción lógica. Los capitulares así lo confirman y sorprenden por sus continuas intervenciones en la vida económica con el fin de favorecer la agricultura y el comercio.
La economía europea en el tiempo de los merovingios, estaba aún ligada al mundo mediterráneo, pero la invasión musulmana en la parte occidental del Mediterráneo había trastornado todo. Desde la segunda mitad del siglo VII el reflujo de la actividad económica, como la de la política, se encauzó hacia la región del Mosa o del Rin. Entonces comienza un nuevo período en el que la sociedad se estancará durante varios siglos en zonas locales, reducida a una economía puramente agrícola y sin aperturas, lo que no significa, en realidad, regresión o atonía económica.

La moneda

Carlomagno, animado por la misma inquietud que su padre, tuvo el mérito, ayudado por sus consejeros, de querer reformar la economía desde sus fundamentos; comenzó por sanear la moneda.
Así, con una perspectiva de conjunto, regulariza y unifica el sistema de pesas y medidas, según lo que él expone y recomienda en un capitular del año 789: un solo metal, la moneda de plata de buena ley y de peso exacto. Numerosos capitulares testimonian el vigor con que Carlomagno impuso la novedad a los recalcitrantes: prohibe los viejos denarios, decreta que "los nuevos serán aceptados por todos, en cada lugar, en cada ciudad y en cada mercado" y determina las multas a los contraventores, mientras los condes estarán encargados de asegurar el cumplimiento de la voluntad real bajo pena de perder su jerarquía. Los capitulares nos revelan también —dos veces— la voluntad del rey de reservar el monopolio de la moneda a los talleres del Palacio. Pero a pesar de haber persistido hasta su muerte en este intento, Carlos no logró realizarlo y sus sucesores fueron demasiado débiles para proseguir con éxito su deseo. Una estrecha vigilancia continuará ejerciéndose sobre la acuñación y la circulación de la moneda; al menos el nombre del que amoneda desaparecerá en adelante de las piezas emitidas y será restablecido el derecho regio de la ceca. Sus esfuerzos, llenos de energía, dan como resultado —y por mérito exclusivo de Carlomagno— la estabilidad de una moneda sana y el monometalismo de plata.
Las pocas monedas de oro, que se había ordenado retirar de circulación y que fueron acuñadas en los talleres reales, fueron tal vez destinadas a servir al intercambio comercial con aquellos países situados fuera de las fronteras de los vastos estados de Carlos. Éste se preocupó sobre todo de las necesidades de la población; sus denarios de plata respondían a tal exigencia, pues cubrían las necesidades de la circulación interna.
Con la misma preocupación, sanea los medios que activan los mercados. Carlomagno prescribe: "Es necesario que en todo el reino, las pesas y medidas sean idénticas y exactas", deseo ambicioso y difícilmente realizable en tan diversas provincias.

Moralización del intercambio

Pero monedas, pesas y medidas, todo responde, no a las exigencias de un programa de economía, sino más bien a las exigencias de la moral cristiana. Esta moral y sus pretensiones hacen tomar a Carlomagno, con todo rigor, medidas contra el préstamo a interés, como indica con insistencia y precisión en los capitulares de los años 789, 806 y 809: "Se debe considerar como usura la acción de recibir más de lo que se ha dado . . ."
"Aquel que presta cualquier cosa tiene una ganancia y esta ganancia es justa, si no reclama más de lo que ha prestado", reclamo oportuno en un año de carestía. Otra vez llega a proclamar: "Nosotros deseamos que ninguno exija más intereses en ningún caso. Quien lo haga deberá pagar la multa debida por la violación del bando."
En una época en que no existía gran comercio, ni una actividad industrial sostenida con aportes de capital, donde los únicos préstamos conocidos eran los de consumo —concedidos con tasas excesivas—, los pobres eran las verdaderas víctimas. En el mismo aspecto y con el mismo espíritu de moral y caridad, Carlomagno se dedicó a la estabilización de los artículos fijando el nivel máximo para aquellos de primera necesidad —alimenticios especialmente— vendidos en los mercados locales. Éstos, regulados por mercuriales *, eran numerosos, no sólo en las ciudades, sino incluso en las aldeas y hasta en los dominios se vendían productos locales y aun mercancías provenientes de regiones lejanas. Para estas últimas, las tasas del transporte, peajes, impuestos, derechos de aduana, eran particularmente gravosos bajo los merovingios.
Carlomagno modera la fiscalización de los agentes que explotaban los vendedores y reglamenta la recaudación de derechos.
En otro capitular se percibe la preocupación por las transacciones dudosas, al exigir testimonios de la estipulación de los contratos o prohibir algunas operaciones por la noche y hacer obligatoria la publicidad de las adquisiciones. Reglamentó el comercio de los esclavos —que no era prohibido por la Iglesia— acordó mayor consideración hacia los seres humanos, al pretender la presencia del obispo local o de su representante en las transacciones, y prohibió las ventas fuera de las fronteras. Carlos, lo hemos visto ya, no pensaba reformar la organización social; se contentó con moralizar la economía y con transcribir en órdenes precisas las enseñanzas de sus consejeros eclesiásticos. No es necesario deducir de esto que le haya faltado visión y que haya cerrado las puertas al posible desarrollo de la economía.
Teniendo más bien en cuenta las dimensiones tan vastas del Imperio a raíz de las conquistas, nos encontramos frente a un continente —la Europa cristiana-occidental— que no abandona su interés por los asuntos mediterráneos, como lo testimonian las medidas tomadas contra la piratería mora. Los mercados orientales no están cerrados; son bien conocidas las relaciones amistosas entre Carlomagno y Harun al Rashid. La persistencia de las relaciones económicas con el Oriente es un hecho y lo demues-

* Listas de precios registrados oficialmente.





1, 2. *Moneda carolingia. París, Biblioteca Nacional, Sala de las Medallas*

tra el comercio de las especies, de los tejidos de seda, de los trabajos carolingios en marfil; si bien es verdad que Carlomagno, preocupado por la vigilancia de sus fronteras orientales, fue reticente en mantener relaciones con el mundo musulmán.
A pesar de que en cierto momento tuvo la intención de reconstruír una flota mediterránea, Carlos siempre prefirió las comunicaciones terrestres y encontró más seguros los itinerarios alpinos que las rutas marítimas. Empero, fue realista; envió embajadores a Córdoba, como a Bagdad, se interesó por las relaciones comerciales de sus estados con la Gran Bretaña; creyó que su presencia era útil en todas partes y se puede hablar de un verdadero saneamiento económico para agregar a su activo. Tal saneamiento fracasó en parte, pero ¿se le puede culpar por un futuro que se configura bajo el signo de las invasiones normandas y húngaras y además de la anarquía feudal? No podemos negar que en el fondo de todas sus preocupaciones y de todas sus medidas hay un ordenamiento sobre la base de la moral cristiana, en el cual los asuntos militares no están ausentes y en el que la economía excluye intencionalmente el mercantilismo. Experiencia original, por ser realizada en un vasto imperio que en parte podía bastarse a sí mismo y porque, además, rechazó la noción de lucro. Queda aún por hacer notar que se poseía una economía pobre en recursos y esencialmente agrícola.

Los grandes dominios

Si nos referimos a las tierras en barbecho, las tierras incultas, las pequeñas propiedades independientes y las parcelas de tierra aisladas; o sea, todo lo que constituye lo esencial del territorio del Imperio franco, de todo ello poco sabemos. Debemos, por lo tanto, limitarnos exclusivamente a los grandes dominios laicos y eclesiásticos. Sobre estos dominios –las villas– Carlomagno ha ejercido su influencia organizadora –y en forma eficaz– reglamentando minuciosamente los detalles de su imperfecta explotación, dando el ejemplo con sus propios bienes. Estableció el inventario de muebles e inmuebles de estas grandes propiedades; creyó descubrir, en esta forma, casos deshonestos, por ejemplo, las donaciones a las iglesias, que no eran en realidad más que concesiones de propiedad, con reserva del usufructo y cuyo goce era extensivo a los descendientes. O bien, ventas ficticias, o asignación incorrecta de la mano de obra. Reglamentó perfectamente la administración de los dominios del Imperio, verdaderas colmenas artesanales, "vastas empresas, factoría y manufactura reunidas". Su afán por la economía minuciosa se revela en numerosas disposiciones del capitular referido al ganado pequeño; su vigilancia se advierte sobre todo en el trato con los intendentes, de los que exigía anualmente rendiciones de cuentas separadas, claras y precisas de todos los productos naturales y de todas las utilidades en metálico realizadas en las tierras.
Su vigilancia se extiende también hasta las zonas forestales, de las que los cultivadores que las habitaban gozaban del usufructo colectivo; sobre los bosques privados, celosamente constituídos en reserva de caza; sobre el desmonte que da gran impulso a la actividad agrícola de Germania; sobre un vasto y macizo movimiento de colonización directa en los territorios recientemente conquistados.
Para alcanzar su meta, el soberano no se arredra frente a las medidas autoritarias –incluso violentas– como ya lo hemos visto con las poblaciones sajonas y eslavas. En las marcas de España, hace acoger y establecer a los cristianos que querían sustraerse al yugo de los sarracenos; es este el origen de la organización del Rosellón y Cataluña, aún esta en nuestros días, una de las regiones más ricas de España.

La civilización carolingia

La controversia entre los historiadores respecto a lo que se podría llamar la civilización carolingia en el campo artístico y literario está aún lejos de terminar. Se ha usado por mucho tiempo el término "renacimiento"; otros, sin embargo hablan nada más que de transición. Es verdad que los siglos VII y VIII han representado un largo período de decadencia cultural; sólo se conserva la tradición artesanal en el campo de la metalurgia, de la orfebrería, de la arquitectura monumental; pero las escuelas no existen más o son poquísimas e imperfectas. La cultura antigua tiene todavía, sin embargo, algún adepto en Italia, en España, en Irlanda o en Inglaterra y fue en estos países donde Carlos supo encontrar los maestros y los consejeros que necesitaba para conducir a buen fin la gran obra de regeneración cultural y espiritual. Paulino de Aquileia, Pedro de Pisa, Pablo Diácono fueron los maestros italianos de este autodidacta, a veces un poco pedante pero siempre activo. Por otra parte, no quería ser el único beneficiado y así estimuló la difusión de la cultura entre los laicos de buena cuna y entre los eclesiásticos, considerándolo un deber del soberano: "Estamos ocupados, dice en uno de sus capitulares, en restaurar con celo diligente los forjadores del conocimiento que por negligencia de nuestros antepasados, han estado hasta ahora totalmente abandonados: incitamos a los hombres a seguir nuestro propio ejemplo, y por cuanto está en nuestro poder, a aprender y practicar las artes liberales". "Porque es nuestro deber asegurar el progreso de nuestra iglesia" . . . "yo os exhorto pues, a proseguir el estudio de las letras con el fin de que podáis más fácil y concretamente penetrar los misterios de la divinas Escrituras". Con este fin y como modelo, creó la Academia del Palacio o "Escuela palatina", donde personas ya ins-

truídas podían perfeccionarse en contacto con sabios renombrados, llamados por Carlomagno a su lado. El primero entre ellos es el inglés Alcuino, nombrado por Carlos, abad de San Martín de Tours, que fue una mente más enciclopédica que creadora, pero que legó a su época el saber y la doctrina del pasado. Desde el año 781 hasta su muerte, acaecida en el 804, fue el consejero escuchado y el amigo de Carlomagno y de las personas cultas del ambiente del palacio. Más conservadores que divulgadores, —ni santos, ni grandes espíritus— estos sabios tuvieron también el mérito no pequeño de haber impedido que el legado cultural, —amenazado— desapareciese irremediablemente. Entre tanto, el ejemplo, tal como deseaba Carlomagno, estimuló a los sabios de los grandes centros eclesiásticos y particularmente a los monasterios de Corbie, San Gallo, San Germain de los Prados; modestos son los aportes originales, pero el fermento espiritual creado en esa forma, da vida a un clima intelectual que ha permitido a algunos historiadores hablar de "renacimiento".

Los textos clásicos

La familiaridad con la literatura antigua forma a esta generación en un latín más puro. El mismo príncipe se dedica al estudio de la gramática y promueve su enseñanza; el verdadero latín está ya muerto y restablecer las reglas elementales del latín clásico no es una pérdida de tiempo; será un servicio prestado a las lenguas nacionales que aparecen ya sin corrupciones de jergas y se transformarán un día, gracias a esta disciplina gramatical, en lenguas literarias. No olvidemos que la lista de clásicos latinos que ha llegado hasta nosotros coincide casi invariablemente con la de los manuscritos carolingios. También aquí, Carlomagno está inspirado por un ardor evangélico: textos clásicos, por su voluntad, son copiados y estudiados para comentar, en un mejor latín los Libros Santos, textos sagrados, Escrituras u obras de los Padres, copiados y difundidos para que los misioneros los lleven consigo a los países convertidos al Cristianismo. Para satisfacer este programa, multiplica y aumenta la actividad de los copistas, obtiene de ellos la invención de un hermoso carácter de escritura, legible como el hasta entonces usado y que es reservado a los preciosos manuscritos. De menor dimensión, la escritura carolingia, de formas redondeadas y simples, es fácilmente descifrable. Los humanistas del siglo XV, seducidos por su elegancia la pondrán nuevamente en boga con el nombre de letra redonda o romana y, en la segunda mitad del mismo siglo, los impresores, conquistados por su simple belleza la utilizarán como modelo de sus caracteres tipográficos.

La enseñanza

Así como dio impulso a la renovación de la escritura, Carlomagno multiplicó las disposiciones legislativas en favor de la enseñanza.

Se beneficiaron principalmente los clérigos y los monjes, las escuelas episcopales y monásticas: "Me parece, —dice un capitular—, que es de soberana utilidad que los obispados y monasterios de los que Cristo ha querido tomar el gobierno no se contenten con llevar una vida regular y piadosa, sino que se dediquen a las funciones de la enseñanza . . . Sin duda es preferible actuar bien, que saber mucho, pero es necesario saber para proceder bien". Carlos deseaba seguramente combatir el analfabetismo difundido en los laicos y para ello, impulsaba a los curas rurales para que abrieran escuelas elementales. Algunos obispos como Teodulfo en Orleans, se hicieron eco de sus preocupaciones. Los "missi dominici" —y esto revela lo real de la preocupación de Carlos—, debían vigilar el estado de las escuelas en las diócesis por ellos inspeccionadas.

Este impulso dado a la cultura fue perjudicado en sus resultados finales por la catástrofe producida en la segunda mitad del siglo IX. Pero, ¿cuál hubiera sido el nivel intelectual del Occidente medieval del siglo XII al siglo XIV si Carlomagno no hubiera contribuido a la formación de una cultura a la cual sólo se le puede reprochar que beneficiara a una única clase?

Un elogio parejo merece el sector artístico de esa cultura: monumentos lamentablemente desaparecidos hoy en su mayor parte —excepto una parte del Santuario del palacio imperial de Aquisgrán y el que se encuentra cerca de Orleans, Gemigny de los Prados, construído por el mismo obispo Teodulfo—, mosaicos, objetos preciosos de marfil o de orfebrería y, en primer plano, el arte de la miniatura, testimonian el renacimiento cultural promovido por Carlos.

Un balance

Es siempre difícil —por no decir imposible— para el historiador, hacer un balance exacto, completo, imparcial de una época, de un organismo social y aun de las cualidades individuales, personales e íntimas de un personaje. Carlomagno no está solo, frente a las generaciones que le sucedieron ni en el ambiente en el que se desenvolvió y actuó. Esta es una verdad fundamental aplicable a todos.

Pero su ubicación en la sucesión de los soberanos de ese período —por su personalidad de hombre de acción, por su innegable criterio de responsabilidad cristiana lo sitúa entre aquellos personajes que hasta nuestros días se disputan apasionadamente —incluso sin tener noción de su verdadera dimensión— la leyenda y la historia.

Si se piensa —en un primer intento— en las vicisitudes del imperio carolingio y en su descomposición relativamente rápida, Carlomagno ha sido el hombre del fracaso; fracaso cuando aún vivía debido a la insuficiencia del personal gubernativo y de los cuadros administrativos, a las nuevas invasiones; fracaso, porque él no supo inculcar en los francos el concepto de Estado y cada uno dependerá, por lo tanto, en un cercano horizonte, de su señor: verdadera valla entre vasallo y rey; fracaso, por la incapacidad de su hijo y el desacuerdo entre sus nietos.

¿Pero el imperio de Alejandro o, acaso, el de Napoleón, han sobrevivido a sus fundadores? Un poeta contemporáneo suyo lo ha llamado "faro de Europa" y esa es la realidad. La leyenda una vez más no se ha engañado; no es ilusoria —ni sueño ni mito—, esa imagen del emperador, del rey, del señor de todos esos súbditos —pertenecientes al antiguo reino de los francos, a la Germania, o más allá de los Alpes, a Italia—, de Carlomagno bajo, cuya égida se cumple la reconciliación de los pueblos en una renovada Europa. Su impronta es tan persistente que cuando más tarde —por encima de la soñada unión deseada por Carlomagno— comiencen a formarse los estados nacionales, en cada uno de ellos, subsistirán en el derecho, en las instituciones, en la organización eclesiástica y en la cultura, suficientes elementos comunes como para que una civilización europea pueda mantenerse y manifestarse. He aquí pues, los elementos que permiten valorar las razones de la supervivencia del fundador de esa Europa en la memoria de los hombres.

Bibliografía

Textos:

Capitularia Regum Francorum, publicado por A. Boretius y V. Krause.
Vida de Carlomagno, de Eginardo; editada y traducida en francés por L. Halphen, Paris, 1947, 3ª ed.

Estudios:

L. Halphen, *Carlomagno y el imperio carolingio*, T. LI de la colección *La evolución de la humanidad*, dirigida por H. Berr, Méjico, 1955.
G. Tessier, *Charlemagne*, col. "Le mémorial des siècles", Paris, 1967.
R. Folz, *Le couronnement impérial de Charlemagne*, Paris, 1964.
R. Latouche, *Orígenes de la economía occidental (Siglos IV-XI)*, T. LXIII de la col. *La evolución de la Humanidad*, Méjico, 1957.
Para una visión general, H. Pirenne, *Historia de Europa, desde las invasiones hasta el siglo XVI*, Méjico, 1956.